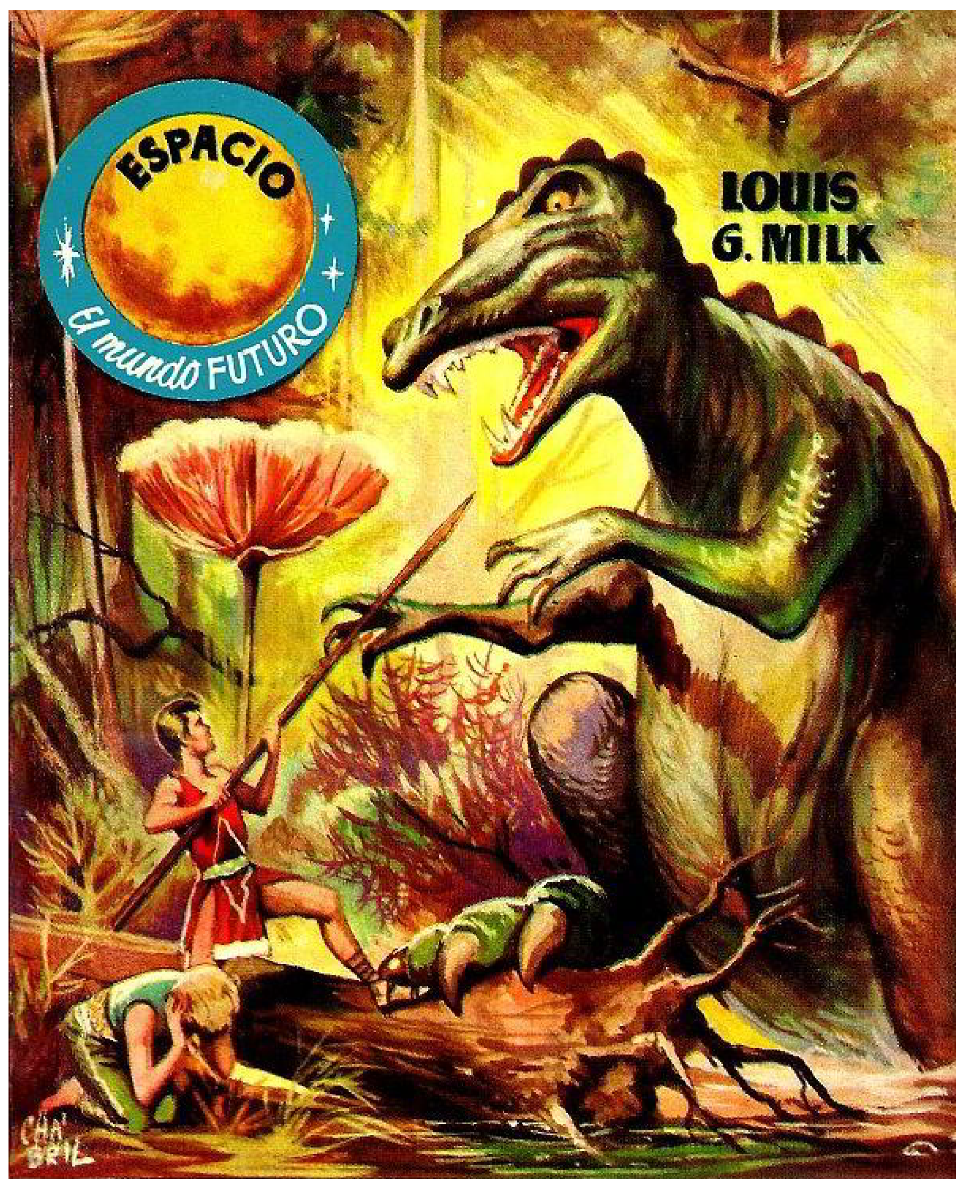


EL PLANETA PERDIDO

Por millones de años, aquel planeta tuvo vida.

Pero la vida se cansó de vivir, y un día, el planeta ardió por los cuatro costados. El fuego, que parecía bajar del cielo, consumió toda la vida, y la muerte cayó sobre aquel planeta.

Por millares de años, aquel planeta giró en el espacio, obedeciendo a las leyes inmutables de la naturaleza, dictadas por la Divina Providencia.

Durante millares de años, aquel globo permaneció abandonado en el espacio, girando eternamente alrededor de sí mismo, y en torno a una estrella que le proporcionaba luz y calor. Pero era un planeta muerto, sin vida.



Louis G. Milk

El planeta perdido

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 74

ePub r1.0
LDS 04.07.18

Título original: *El planeta perdido*
Louis G. Milk, 1958
Cubierta:
Cha’Bril
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




EL PLANETA
PERDIDO

CAPÍTULO PRIMERO


or millones de años, aquel planeta tuvo vida.

Pero la vida se cansó de vivir, y un día, el planeta ardió por los cuatro costados. El fuego, que parecía bajar del cielo, consumió toda la vida, y la muerte cayó sobre aquel planeta.

Por millares de años, aquel planeta giró en el espacio, obedeciendo a las leyes inmutables de la naturaleza, dictadas por la Divina Providencia.

Durante millares de años, aquel globo permaneció abandonado en el espacio, girando eternamente alrededor de sí mismo, y en torno a una estrella que le proporcionaba luz y calor. Pero era un planeta muerto, sin vida.

Por las noches, el planeta brillaba con un pálido resplandor azul, de siniestras tonalidades, que no podían ser confundidas en forma alguna con el reflejo de los extensos océanos que bañaban la mayor parte de su superficie. Aquellas zonas azules, fosforescentes,

durante el día adquirían un tétrico color negro.

Y así durante millares de años.

Lenta, imperceptiblemente, la luz y el calor de la estrella próxima al planeta efectuaron su obra. Las zonas negras durante el día y azules en la noche, que ocupaban toda la superficie sólida del globo, comenzaron a retroceder, dejando paso a otras zonas de color verde.

En éstas latía un asomó de vida. Cansada la muerte de habitar el planeta, había huido de allí, buscando otros derroteros más propicios.

Poco a poco, las zonas verdes se fueron ensanchando. Al principio, los vegetales adoptaban formas fantásticas, irreales, de pesadilla; pero ahora la vida era muy rápida, y pronto se consumieron aquellas plantas, dejando paso a otras, acaso de menor tamaño, pero de constitución más adecuada al lugar en que tenían que vivir.

Esto tardó, sin embargo, otros varios millares de años, durante los cuales, la reducción de las zonas de muerte se fue haciendo perceptible. Pero solamente había vida vegetal en el planeta. Ni un solo animal existía allí, a pesar de reunir ya, en muchos de sus puntos, condiciones aptas para la vida, tal como se había concebido antes de la muerte de aquel mundo.

El planeta seguía girando, inmutable, casi eterno, y la vida seguía sin aparecer. El reino vegetal era su único dueño.

Los cientos de siglos transcurridos habían hecho desaparecer toda señal de obras realizadas por seres con inteligencia. Todas menos una.

Era un monumento de metal que había resistido impunemente el paso de los tiempos. Un monumento situado en la cúspide de una pequeña colina, cuya falda, en suave pendiente, iba a morir a la orilla de un mar.

El metal estaba tan liso y pulido como el día en que fue fabricado, y brillaba intensamente, reflejando los rayos de la estrella que alumbraba aquel planeta, multiplicándolos y despidiéndolos en todas direcciones.

El monumento estaba aislado, sólo en la cima de la pequeña colina, y las plantas lo habían aceptado, dejando un corto espacio vacío en torno suyo, de tal forma que podía ser visible desde gran

distancia. Ésta era la única obra, hecha por manos que obedecieron a cerebros inteligentes, que había conseguido sobrevivir a la muerte. Y durante millares de años había recibido y reflejado los rayos del sol que alumbraba aquel planeta, tal y como su constructor había soñado que hiciera. Pero no había ningún ser inteligente que pudiera contemplar aquella maravilla.

* * *

Me arreglé un poco la destrozada túnica y procuré mostrar una digna apariencia. Erguí mis hombros e intenté dar un brillo altivo a mi mirada.

—¿Cómo te llamas?

—Jan Valthin.

—¿Edad?

—Veintiocho años.

—¿Estado?

—Soltero.

—¿Profesión?

—Técnico estelar.

—¿Alguna otra habilidad manual o intelectual?

—En mis ratos libres me dedico a la poesía.

—Poeta. Bien. ¿Nacionalidad?

—Hiafarita.

—De acuerdo. ¿Raza?

—Humano-T.

Un gran silencio siguió a mi última respuesta. El hombre que me interrogaba me miró, estupefacto.

—¿Cómo… has… dicho…?

—Humano-T —repetí.

—¿Hu… ma…
no-T…?

—Sí —volví a afirmar.

El silencio continuó. Me sentí incómodo, sabiéndome centro del blanco de todas las miradas de los presentes.

De repente, mi interrogador se incorporó un tanto y, acercando su cara a la mía, me escupió.

El color huyó de mi rostro. Crispé mis puños y durante unos

segundos dudé entre retorcerle el pescuezo a mi interrogador o meter la mano por su boca y volverle el estómago del revés.

Pero conseguí dominarme. Es más, ni siquiera hice ademán de limpiarme la cara. Dejé que su inmunda baba me resbalara por la mejilla derecha.

—¡Perro! —Ladró el otro—. ¡Un humano-T, un deshecho, una escoria, la basura de la Galaxia! ¿Y te atreves a declararlo?

La saliva seguía corriéndome por el rostro. El silencio continuaba. Mi interrogador y yo seguíamos siendo centro del interés general.

—Lo siento —declaré—; no puedo decir otra cosa.

—¡Por las sagradas vestiduras de Zithia! —exclamó el amanuense, elevando sus brazos, como si quisiera poner al cielo por testigo de su ignominia—. ¡Un humano-T! Debiera darte vergüenza declararlo, Valthin.

—Yo no tengo la culpa de mi nacimien…

—¡Silencio, perro! —Me ladró el otro—. No abras la boca a no ser que te interrogue. ¿Acaso no te das cuenta del lugar en que te hallas?

Mis ojos se pasearon rápidamente por cuanto nos rodeaba. Ya lo creo; demasiado sabía, no solamente cuanto me estaba ocurriendo, sino el sitio en donde estaba. Y hubiera dado mi brazo derecho por poder desaparecer de aquel temible lugar.

Un temible lugar, sí: el Mercado Estelar de Esclavos de la LXXVIII Galaxia, situado en Noroinia, la capital del planeta Noroin, a su vez capital y centro del Gobierno de la Galaxia. Y yo, Jan Valthin, técnico estelar de profesión, poeta en mis horas libres, era ahora una mercancía, un objeto de compraventa, un esclavo en suma, sin derechos de ninguna clase, como no fueran los de obedecer ciegamente a quien me comprara.

El mercado estaba situado en una espaciosa plaza pública de Noroinia. Era un anfiteatro de forma semicircular, con anchas gradas para los espectadores que habían acudido en abundancia, y en cuyo centro se hallaban los funcionarlos de interrogación, los de vigilancia, y nosotros, los esclavos.

Nosotros los esclavos, sí. Parecía mentira que en una época tan adelantada pudiera subsistir tan inhumana y degradante institución, pero era verdad. Yo y un par de centenares más, los únicos

supervivientes de la IV Guerra Galáctica, estábamos allí para ser vendidos, como botín de guerra, al mejor postor.

Entre los que íbamos a ser vendidos, habíamos de todas clases y razas, con todas las formas soñadas y por soñar. La inmensa mayoría nos parecíamos entre nosotros como un huevo a una castaña, pero teníamos una cosa en común: la inteligencia. Nuestros cerebros acaso pudieran ser diferentes morfológica y anatómicamente, pero nuestras inteligencias eran similares.

Junto a mí tenía a Witorr, el hombre de Horros. ¿Hombre? ¿Podía llamarse hombre a una especie, de bola gelatinosa, sostenida por cuatro delgadas patas, y de cuya parte superior salían otros cuatro tentáculos? Pero era un ser de inteligencia excepcional y un astronauta de primera.

A mi izquierda tenía a Zanos, de Tulaii: un engendro físico, mirándolo desde el punto de vista de un humano-T, pero una notabilidad matemática. Los fabricantes de máquinas calculadoras odiaban solamente a dos clases de personas: a los competidores y a los nativos de Tulaii. Seres como Zanos hacían innecesaria toda calculadora electrónica, por complicada y perfecta que ésta resultara. Sí; con toda seguridad, habría una empeñada lucha de «garants» por hacerse, con Zanos.

Más allá estaba Olaz, de Kahos. Muy parecido físicamente a mí, pero de un repelente color rojizo, como si estuviera perpetuamente bañado en sangre, lo cual no le impedía ser un genio de la química. Y así los demás; todos con formas y constituciones distintas, pero todos, también, con alma e inteligencia.

Y todos esclavos de Noroin, dispuestos a ser vendidos a un amo, que lo mismo podía ser amable que despótico, compasivo o cruel, utilizarnos para su servicio o para su diversión. No teníamos alternativa ni derecho de escoger. Ya no éramos seres con mayor o menor grado de inteligencia; éramos simplemente… «cosas».

La batalla por mi compra empezó.

El hombre del servicio de interrogación hizo una moderada apología de mis virtudes, sin poner gran entusiasmo en ello, dada mi condición de humano-T, y tras este breve exordio, anunció que mi precio inicial de compra era de doscientos cincuenta «garants», m/g. (moneda galáctica).

Un aburrido petimetre, que estaba más pendiente de los pliegues

de su túnica que del espectáculo del mercado, se inclinó sobre el asiento y, aproximando los labios al micrófono de que disponía, anunció el «sacrificio» de ofrecer doscientos sesenta «garants».

Un opulento mercader, cuya azul vestimenta indicaba en él al fabricante de taxicópteros, ofreció doscientos setenta.

Me estremecí al pensar que podía ir a parar a las manos de cualquiera de los dos. El uno se divertiría conmigo, como si fuera un animal doméstico, y el otro me chuparía la sangre, exprimiéndomela hasta la última gota, en su fábrica.

Pero cuando el «*snob*» abría la boca para aumentar la puesta en diez «garants» más, la decoración cambió.

Hubo un revuelo en la enorme entrada del anfiteatro. Los guardias armados echaron a un lado, sin contemplaciones, a la multitud, y una brillante comitiva hizo su aparición.

Primero fueron unos soldados, vestidos de rutilante manera, los que abrieron marcha. Después, treinta hombres, en dos filas de quince cada uno, entraron, sosteniendo sobre sus hombros, negros como el carbón, una litera.

Me quedé sin aliento. Y el populacho y mis compañeros de esclavitud también.

Reclinada lánguidamente sobre una serie de costosos almohadones, venía una mujer de incomparable belleza, cuyos verdosos ojos, que parecían estar hechos de líquido fuego, miraban indiferentemente a cuantos, a su vez, la contemplaban de modo ardiente.

La mujer, joven aún, tres o cuatro años menos que yo quizá, vestía una riquísima túnica, adornada con piedras preciosas, que moldeaba a la perfección sus estatuarias líneas. En sus rojos labios vagaba una levísima sonrisa de desdén y en sus largas manos, rematadas en unas uñas de oro, descansaba un pájaro multicolor, de una hermosura sorprendente.

El tipo de la interrogación que trataba, de venderme curvó servilmente el espinazo. A una seña de la mujer, descendió presurosamente los escalones de la grada que conducía a la plataforma en donde me encontraba, y se aproximó a la recién llegada.

No entendí su conversación, pero me la supuse. Los verdes ojos de la desconocida me miraron benignamente un segundo; luego las

largas pestañas ocultaron el brillo de sus pupilas.

El «vendedor» trepó de nuevo al tablado, valga la palabra.

—¡La hermosa Fulvia ofrece trescientos «garants» por Jan Valthin! ¿Alguno ofrece más?

—¡Trescientos veinticinco! —gritó el comerciante.

—¡Trescientos cincuenta! —Baló el petimetre.

El vendedor miró a la mujer. Ésta le hizo otra seña.

—La bellísima Fulvia me anuncia que, a partir de ahora, ofrecerá por Jan Valthin, humano-T, veinticinco «garants» más que cualquier otro, sea cual sea la cuantía de la oferta.

Aquello decidió la contienda apenas iniciada. El vendedor despachó la documentación, y yo pasé a ser una cosa propiedad de aquella bellísima mujer, cuyo interés por mí no acababa de comprender.

Pero no fui yo sólo el adquirido por la hermosa Fulvia; Witorr, Zanos y Olaz también fueron comprados por ella, Fulvia hizo que uno de sus servidores trajera una bolsa, de la cual extrajo la cantidad suficiente y, una vez pagados, se nos hizo formar en la comitiva.

Los porteadores dieron media vuelta. Nosotros fuimos colocados, prudentemente, en el centro de la escolta, y caminamos con ella, yo sintiendo en más de una ocasión, en mi nuca, las inquisitivas miradas de Fulvia, hasta el lujoso domicilio de ésta.

Se nos encerró en una habitación medianamente amueblada, adyacente a la cual había un baño, en el cual me precipité yo apenas lo divisé. Cuando salí de él, convertido en una nueva persona, me encontré con ropas limpias, así como calzado, todo ello colocado cuidadosamente en un diván empotrado en la pared.

—¿Quién ha traído esto? —inquirí, mirando a mis tres compañeros.

El característico cloqueo de los hombres de Horfes se dejó sentir en la estancia.

—Una mujer, una esclava, por encargo de su ama —dijo Witorr.

Toqué las ropas. Eran de buena calidad.

—¡Hum! —mascullé—. Esta Fulvia parece tener buenos sentimientos.

—No te fíes de las mujeres, Valthin. Y mucho menos de una de Noroin —gruñó Zanos.

—Son unas brujas —rezongó Olaz.

Me eché a reír.

—Que todas las brujas que conozca sean como Fulvia, chicos —y empecé a vestirme, cosa que hice en pocos momentos.

—¿Qué pensará hacer con nosotros? Inquirió Witorr.

—No lo sé —repuse, encogiéndome de hombros—. La verdad, me considero un hombre afortunado al haber salido con vida de la conflagración.

—¡Un hombre afortunado! —repitió Zanos—. ¡Puah! Ahora eres un esclavo.

—Sí, pero vivo y eso, de momento, vale mucho, ¿sabes?

—Para vivir en esclavitud es mejor morir —renegó Witorr.

—Bueno, pues ahórcate en algún rincón —le zaherí, sabiendo que él no tenía «cuello» por donde pasar el lazo de alguna soga—. Yo estoy muy bien vivo, ¿sabes?

—¡Vivo! —exclamó Olaz—. ¿Vivo, tú, un humano-T?

Me revolví, como si me hubiera picado un áspid.

—Sí, un humano-T. Y estoy orgulloso de serlo, ¿te enteras?

Zanos avanzó hacia mí. Extendió uno de sus imposibles pseudópodos, haciéndolo vibrar rapidísimamente.

—Un humano-T —declaró enfáticamente—, es el ser más odiado de todo el Universo. No comprendo todavía cómo Fulvia ha sido capaz de comprarte.

—¿Es que no te diste cuenta de que el precio inicial de tu compra fueron solamente doscientos cincuenta «garants»? —Me zahirió Witorr.

—Por mí ofrecieron diez mil —terció Olaz.

—Pero ninguno sois del tipo humano-T —les contesté altivamente.

—Nos avergonzaríamos el serlo —mascculló Zanos.

—Los espejos son los que se avergüenzan de vosotros —les escupí.

—Eres un presumido y un orgulloso, Valthin —dijo Witorr.

—Y Un ser despreciado por nosotros tres —afirmó Olaz.

—De todo lo cual me alegro infinito.

—Los humanos-T son el último escalón de los seres inteligentes de la Galaxia-condenó Zanos.

—Por fortuna, están llamados a desaparecer.

—Y su planeta de origen ya no existe.

—Dentro de poco ya no quedarán seres que afirmen que toda la inteligencia galáctica proviene de ellos. ¿No es eso lo que afirmáis, Valthin?

—¡Ja, ja, ja! —rió Witorr, tableteante—. Un planeta que no se sabe si existe siquiera.

—Por cientos de años, las naves exploradoras de todas las Galaxias lo buscaron en vano.

—Pero no lo encontraron; prueba fehaciente de la mendacidad de los humanos-T.

—Me avergüenzo de haber sido comprado contigo, Valthin.

Empecé a sublevarme. Ellos eran tres y yo uno solo, pero joven y fuerte, y mis músculos no estaban debilitados todavía. Cerré los puños y avancé hacia ellos.

—Si no os detenéis en vuestros insultos…

Pero no pude seguir, la puerta de la estancia se abrió y un hombre alto, negro, fornido, exclamó:

—¡Jan Valthin, sígueme!

—¿Dónde me llevas, mina de carbón?

—Mi ama, la muy noble y muy poderosa Fulvia, reclama tu presencia. Ven, te lo ordeno en su nombre.

CAPÍTULO II



or decenas de meses, la astronave huyó.

Huía sin rumbo fijo en el espacio, alejándose de la muerte, en busca de la vida, internándose cada vez más en el celeste dédalo lleno de estrellas, que contemplaban impasibles la velocísima carrera del inverosímil y raudo artefacto.

Durante decenas de meses, millares de días, la astronave huyó.

En su interior, la vida se desarrolló normalmente. Y a pesar de que la huían, la muerte se presentó también y se llevó las presas reclamadas.

Las estrellas contemplaron inmutables el espectáculo de la nave vagando por el espacio, sin rumbo fijo, en pos de algo dificilísimo, si no imposible de alcanzar.

Las horas, los días, los meses y los años pasaran, y la astronave continuaba desplazándose por el espacio. En su interior iban seres vivos, que crecieron, se reprodujeron y murieron, en una constante

renovación de la vida, perenne lucha contra la muerte.

Al fin, cuando ya habían olvidado los vivos por qué viajaban, la nave llegó al término de su viaje. Y los seres que en ella iban también. El viaje concluyó para todos.

La nave se destrozó en el aterrizaje, y la muerte reclamó de un golpe tedas sus presas. La huida había sido en vano.

Durante cientos, acaso millares de años, la astronave permaneció allí, tendida en el suelo, como un mitológico monstruo de metal que espera, agazapado, el paso de la víctima. Llovió, nevó, hubo hielos, éstos se fundieron, volvió a llover y apareció el sol, quemando el sumo con sus rayos.

Pero el metal de que estaba hecha la nave resistió todas estas pruebas y permaneció brillante per cientos, acaso miliares de años.

Nadie turbó, sino los elementos atmosféricos, la quieta calma de aquel lugar. Y la nave fue tranquila sepultura para cuantos en ella habían viajado.

Más tarde, cientos o millares de años después, una nave bajó del cielo, a muy corta distancia de la otra, despidiendo ingentes cantidades de llamas por sus chorros.

Un grupo de seres vivos bajó, dirigiéndose hacia el monstruo destrozado. Parecían, en realidad lo eran, exploradores de los cielos. Y a su frente iba una mujer de singular hermosura.

Durante muchísimos días, el grupo de exploradores permaneció en aquel lugar, escudriñando los más recónditos secretos de la nave destrozada. Cuando su labor hubo terminado, volvieron a su aparato y remontaron el vuelo nuevamente, perdiéndose en el espacio.

Y la nave que había huido durante millares de días, quedó allí abandonada, esperando los millares de años que pasarían.

* * *

El esclavo negro se apartó a un lado.

—¡Puah! Pensar que mi ama ha cometido la locura de comprar un humano-T. Es una deshonra para todos nosotros.

No contesté; ni tan siquiera fingí no haber visto el desdeñoso gesto del negro. Caminé al lado de éste, cruzando un par de amplios corredores, decorados con sobrio lujo, y al fin el negro se detuvo

ante una puerta.

—Entra, ¡miserable escoria!

No volví la vista siquiera. Empujé la puerta y ésta se cerró instantáneamente a mis espaldas. Permanecí a dos pasos del umbral, esperando órdenes.

La habitación era espaciosa. Dos de sus paredes eran de cristal y daban a un ameno jardín, en el cual se veían maravillosas plantas y flores multicolores, regadas a trechos por surtidores de distintas formas.

En el interior de la estancia se veían aparatos científicos y libros, colocados todos ellos en un aparente desorden. Había varios cómodos sillones, un diván y una gran mesa de trabajo. La filmoteca ocupaba todo uno de los muros de la estancia.

Y Fulvia estaba allí, llenándola con la luz de su hermosura. Permanecía en pie, junto a una de las vidrieras, vuelta de espaldas a la puerta, deleitando su vista con el incomparable espectáculo del jardín.

Fulvia ya no vestía la túnica enjoyada que yo viera en el mercado de esclavos de Naroinia. Ahora llevaba una especie de mono gris acero, de un tejido brillante que, sin ceñirle demasiado el cuerpo, hacía resaltar su estatuaria anatomía.

Fulvia se volvió. Dejó que sus ojos se posaran sobre los míos unos segundos antes de hablar.

Dijo:

—Eres mi esclavo. Jan Valthin.

—Sí, señora.

—Pagué una elevada suma por ti, Valthin.

—Sí, señora.

—Te extrañará, sin duda, el que una mujer de Noroin haya pagado tal cantidad por ti, ¿verdad?

—A un vencido, y esclavo por añadidura, le está vedado el asombro, señora.

—¿No eres capaz siquiera de imaginarte por qué te compré?

—Desde el momento en que caí prisionero de los noroinios, perdí por completo la imaginación, señora.

Hubo una pausa de silencio, durante la cual, los dos, el hombre y la mujer, el esclavo y la noble dama, nos miramos frente a frente. Al fin, ella me ordenó:

—Acércate, Jan Valthin.

Obedecí, hasta hallarme a dos pasos de distancia de ella.

—¿Por qué declaraste que eres un humano-T? ¿Acaso ignoras que tu raza es la más detestada y odiada de la Galaxia? De no hallarte en el mercado de esclavos, cualquier noroinio podría haberte matado, sin la menor responsabilidad para él.

—Lo sé, señora —dije con voz átona.

—Entonces también sabrás que solamente el pensamiento de que el erario público de Noroin podría sacar provecho de tu venta, impidió que tus aprehensores te mataran.

—Entonces no sabían ellos que yo era un humano-T, señora.

La conversación se desarrollaba en tono normal, pero los rostros de ambos permanecían impasibles Hubiérase dicho que tratábamos de ocultarnos el uno al otro nuestras respectivas reacciones mentales.

Fulvia volvió a hablar.

—¿Y no temiste nada al declarar tu condición en el mercado, Valthin?

—Sabía ya que era un esclavo, señora. Y para un humano-T hay algo peor que la muerte. Poco podía importarme, pues, declarar mi raza.

—He conocido a muy pocos congéneres tuyos —suspiró Fulvia —, pero todos fueron iguales a ti: altivos, orgullosos de su origen…

—Somos los fundadores de la civilización en la Galaxia, señora.

—Había otras formas de vida inteligente cuando vosotros conseguisteis viajar por los cielos.

—Pero salvajes, señora.

Los ojos de Fulvia centellearon por primera vez.

—Olvidas tu condición. Jan Valthin. ¿Sabes que puedo mandar matarte ahora mismo?

—Estoy en tus manos, señora, y créeme, acogería la muerte como una liberación de mi estado.

—Entonces, ¿por qué te alegrabas, cuando hace unos momentos estabas hablando con mis nuevos esclavos, de haber salido con vida?

—Ellos no son mis dueños y no tengo por qué hacerles partícipes de mis sentimientos.

—¿Y a mí sí?

Moví la cabeza, afirmando, sin hablar. Ella continuó:

—Te compré porque te necesitaba.

Por primera vez perdí mi impasibilidad.

—¿Tú, señora? ¿Tú necesitar a un humano-T, un ser despreciable, inmundo, cuya sola sombra contamina?

—Siempre quise poseer como esclavo un humano-T, Valthin. Te necesito. ¿No preguntas los motivos?

—A un esclavo como yo le está vedado el preguntar, señora; sólo puede contestar.

El esbelto seno de Fulvia se agitó visiblemente.

—En medio de todo, denotas tu condición por el orgullo de tus palabras, Valthin. ¿No sabes quién soy yo?

—Aparte de que eres la muy noble y muy poderosa Fulvia, ignoro todo lo demás que concierne a ti, señora.

—Está bien. Entonces te diré que ocupo un alto grado en la Academia de Ciencias de Noroin, Sección Arqueológica.

—Eres muy joven para tal cargo, pero sin duda, si me es permitido expresarlo, tu sabiduría es tan grande como tu belleza.

Una imperceptible sonrisa apareció en los rojos labios de Fulvia.

—También en esto denotas tu condición de humano-T. Ven, te explicaré por qué necesito de ti.

La seguí cuatro o cinco pasos. Fulvia se acercó a su mesa y manipuló en un pequeño aparatito que había allí. Luego apretó un botón.

La estructura molecular del vidrio de las paredes se modificó, haciéndose opaco, y la obscuridad cayó sobre la estancia. Pero al instante un cono de luz surgió del aparato.

Un cuadro blanco apareció en la pared frontera. Durante unos segundos permaneció así, y luego fue substituido por el estrellado telón de fondo del cielo.

Me pareció hallarme a bordo de una astronave que volara en el espacio. Las estrellas se acercaban raudamente, echándose luego a los lados, como para dar paso a la nave. De pronto la escena cambió.

Ahora estábamos a unos diez mil kilómetros de distancia de un planeta. El color general del planeta era azul plata, surcada su superficie por numerosas manadas de blancas nubecillas, que le daban un atrayente aspecto.

Pero de pronto este aspecto cambió. Colosales chispazos de fuego, blancos primero, anaranjados después, comenzaron a brotar en la superficie de aquel globo, por todas partes. El fantástico chisporroteo duró un rato, al cabo del cual todo el planeta tomó un color rojo. Estaba ardiendo.

Aquella visión de pesadilla desapareció. Fue sustituida por otra en la que se veía al mismo mundo, muerto, sin vida. Extensas áreas, las de los continentes, permanecían negras durante el día, brillando con una siniestra fosforescencia azul por la noche. En aquel planeta no había, no podía haber vida de ningún género.

Estuve contemplándolo un buen rato. De pronto, la luz me hizo daño en los ojos.

Fulvia me miró.

—¿Sabes qué es esto, Valthin?

—Me imagino que las consecuencias de una guerra de tipo nuclear, señora.

—Así es. Valthin. Primero viste la guerra, en una visión, acelerada, por supuesto; luego, sus consecuencias. Nadie vive en aquel planeta ahora.

—Está infectado hasta su núcleo central de radiactividad. Es lógico.

—Pero ahora es muy posible que la radiactividad haya pasado. Tú sabes que desaparece con el tiempo.

—Sí, señora.

—Y han transcurrido millares de años desde que tal guerra sucedió, Valthin.

—Sí, señora.

—Por lo tanto, es razonable suponer que ahora puede vivirse en aquel planeta. ¿No te interesa saber cómo encontré el film, Valthin?

—Soy solamente tu indigno esclavo.

—Sí, eres mi esclavo, pero también eres un humano-T, Valthin. ¿Sabes que ese planeta es el origen de tu raza?

Disimulé mi sorpresa, con un cortés gesto de asentimiento.

—Encontré el film en un remoto planeta, situado a ochocientos cincuenta años luz de Noroin. Estaba en el interior de una nave que había aterrizado allí, cientos o miles de años antes. Todos sus ocupantes habían muerto y ni sus restos quedaban allí, pues el paso implacable de los tiempos los había convertido en polvo. Pero había

muchas cosas que se habían conservado, el film que has visto, una de ellas. Y todas declaraban que los ocupantes de la nave habían sido humanos-T.

De nuevo otra pausa de silencio. Fulvia me miró.

—¿No quieres darme tu opinión?

—¿Es lícito que un esclavo opine? Opinar quiere decir pensar, y los esclavos carecemos de cerebro; somos cosas vivas, mientras lo quiere nuestro dueño, nada más.

—En este caso te ordeno que opines, Valthin —dijo Fulvia, con leve acento de impaciencia.

—Pues bien, sí —declaré francamente—, aquel planeta debe de ser el origen de mi raza. Y, si como dices, señora, han pasado tantos años, debe de ser habitable, por haber desaparecido la radiactividad.

Los ojos de Fulvia brillaron.

—¡Eso es lo que yo quiero demostrar! Y lo haré, encontrando ese planeta, Valthin.

Por un instante perdí mi equilibrio mental.

—¿Quieres decir que piensas organizar una expedición en busca de ese mundo muerto?

—Sí, Valthin —los ojos de Fulvia denotaban claramente la excitación que existía. —En tu planeta no hay vida, pero quedarán rastros de ella, en forma de ruinas de ciudades, edificios, monumentos. En algún sitio, escondidos con toda certeza, y en plena seguridad, a cientos de metros bajo tierra, habrá filmotecas que guarden muestras salientes de la civilización de tu planeta. Ellas nos dirán hasta qué grado de inteligencia llegasteis y…, Oh, Valthin, ¿te imaginas qué triunfo sería para mí si lograse desentrañar el misterio del origen de vuestra raza?

—No hay ningún misterio en ello, señora. Nos hizo Dios —contesté sencillamente.

Fulvia me miró como si estuviera loco.

—Dejemos eso a un lado, Valthin. Voy a emprender esa expedición arqueológica, de la cual he conseguido la jefatura y tú me acompañarás.

—¿Qué puede un humano-T hacer de útil en tal expedición, señora?

—Mucho. Mucho y más de lo que te imaginas, Valthin. En esas

filmotecas que digo y afirmo deben existir…

—Pero si están a cientos de metros bajo tierra será muy difícil localizarlas, señora —objeté.

—Con los aparatos de que iré provista nada nos será difícil. Excepto, naturalmente, hallar vuestro planeta. Nadie sabe en qué rincón del cielo se encuentra, ¿comprendes? Y ése, naturalmente, es nuestro principal obstáculo que espero soslayar, Valthin.

—Te deseo toda suerte de éxitos en tu empresa, señora.

—Mis éxitos serán tuyos, Valthin. Tú vendrás conmigo, y cuando hayamos encontrado los microfilms que tus antepasados escondieron, los traducirás a la lengua de Noroin. De la Galaxia —concluyó Fulvia con orgullo.

—¿Yo? ¿Traductor yo?

—Sí; y no me repliques, Valthin. ¿Crees que no sé que habéis conservado vuestra lengua a través cientos de generaciones? Ahora mismo podrías darme una prueba de ello, si no fuera porque la banda sonora del microfilm que hallé en la astronave destrozada se estropeó con el paso de los siglos. Tú me servirás de traductor y, al fin, desentrañamos el misterio de vuestro origen, Valthin.

—Ya te dije que no hay misterio alguno, señora.

Nosotros…

—¡No me repliques, Valthin! Estás olvidando tu condición.

Me incliné ante ella.

—Te pido mil perdones, señora. No lo volveré a hacer.

En aquel momento se oyó un zumbido. Uno de los esclavos de confianza de Fulvia le anunció una visita.

Fulvia arrugó el entrecejo. Pero al fin accedió.

Un minuto más tarde hacía su aparición en la estancia un hombre a quien reconocí instantáneamente. Era el fabricante de taxicópteros que había intentado comprarme en el mercado de esclavos.

—Noble Fulvia —saludó—, deseo cambiar unas palabras contigo.

—Pocas, Reshdin —contestó ella, secamente, sin cuidarse de ocultar su hostilidad hacia el recién llegado—. En estos momentos tengo trabajo.

—Conozco tu sabiduría, oh, hermosa Fulvia, y sé que dedicas la mayor parte de tu tiempo a investigaciones de positivo valor para

nuestra comunidad. Pero tu incomparable belleza luciría mejor en…

—Deja mi belleza en paz, Reshdin; no creo hayas venido aquí solamente para cubrirme de elogios, ¿verdad?

El gordo comerciante asintió, dedicándome después una singular, mirada de reojo. Volvió a encararse con la mujer.

—El motivo de haber venido aquí es el siguiente, dicho sea sin rodeos de ninguna clase, Fulvia; Quiero comprarte tu esclavo humano-T. ¿Cuánto pides por él? Naturalmente, estoy dispuesto a compensarte, pero…

Fulvia meneó la cabeza.

—Nada, Reshdin. No pido nada por él.

Los ojos del comerciante brillaron de júbilo. Pero este júbilo se apagó casi al instante.

—No pido nada por él, Reshdin, por la sencilla razón de que no lo vendo. Salvo el placer de vernos —ironizó Fulvia—, tu visita ha sido completamente en vano.

—¿Cómo? —estalló Reshdin—. ¿Es posible que no temas mancillar tu hermosura teniendo al lado a un inmundo humano-T, cuya sola presencia produce náuseas al más repelente de los naroinios?

—Tú las tienes, ¿verdad, Reshdin? —sonrió dulcemente Fulvia, y el aludido tardó unos segundos en comprender.

Cuando lo hizo enrojeció violentamente. Se despojó de la máscara de buenos modales.

—¡Acabemos de una vez, Fulvia! Ofrezco cinco mil «garants» por el humano-T. Esto te compensará…

—No.

—¡Seis mil! ¡Siete mil! ¡Lo que quieras, Fulvia!

Ella me miró.

—¿Valthin?

—Sí, señora.

—Eres fuerte y robusto. Arroja a ese importuno de mi presencia.

—Sí, señora.

Reshdin soltó un aullido de cólera. Iba dirigido a mí.

—¡No te atreverás a poner tus sucias manos encima de un naroinio, puerco humano-T!

Avancé decidido hacia el gordo.

—Date prisa, Valthin; ese hombre me repugna. —Sí, señora.

Lo cogí de la túnica y lo arrastré hasta la puerta, a pesar de sus gritos y protestas.

—¡Esto te costará caro, maldito! ¡No hay un humano-T que haya puesto sus manos encima de un naroinio y haya podido contarlo!

Abrí la puerta y luego solté a Reshdin. Le apliqué el pie al final de la espalda y el tipo salió rodando, gracias a su casi perfecta esfericidad. Cerré para impedir que Fulvia oyera sus obscenas exclamaciones.

—¿No deseas nada de mí, señora?

—Te has ganado un enemigo mortal, Valthin.

—Si puedo seguir ostentando el título de esclavo tuyo, me daré por más que satisfecho, señora.

—¿Dónde está tu orgullo de humano-T, Valthin?

—Lo perdí al ser derrotado Hiafar, mi planeta natal.

Por un segundo Fulvia calló. Luego dijo:

—Está bien, Valthin. Te llamaré cuando te necesite.

Me incliné y salí en silencio de la estancia.

CAPÍTULO III

asi había cerrado la puerta cuando me di de bruces con aquel colosal esclavo negro, que parecía un atlante de ébano, cuyos dientes destellaron en una ancha sonrisa al verme.

—Acompáñame, basura —me dijo.

—¿Dónde? —inquirí con sequedad.

Tenía que alzar un tanto mi cabeza para mirarle a los ojos y yo no soy bajo, conque…

—Al comedor de los esclavos, cerdo humano-T. Cuando hayas terminado tendremos que desinfectarlo. Y si yo fuera el dueño de todo esto, lo quemaría, ¿entiendes?

No contesté. Me emparejé a su lado pero él se apartó dos pasos, haciendo una mueca de odio y asco. Tal era el concepto que merecíamos los humanos-T a los ojos de los demás habitantes de la Galaxia.

Cuando entré en el lugar indicado, modestamente amueblado,

pero sin pobreza alguna, vi varios esclavos de todas las razas, cuyos ojos, u órganos similares, pues no todos tenían aspecto humano, me miraron con repugnancia. Había un rincón libre en una mesa, y en él me senté, procurando hacer caso omiso de los comentarios, nada favorables, por supuesto, que acerca de mí se hacían en la *lingua franca* de la Galaxia.

Alguien colocó un plato ante mí y, en silencio, empecé a comer. Un witharita se quejó de pronto, elevando la voz.

—¡Es perra suerte la mía! No tengo bastante con ser un esclavo, que encima se me somete a la humillación de tener que soportar la presencia de ese puerco.

—Olvídate de eso, Fijj —dijo> un humanoide, exápodo con inteligencia, de repelente color marrón rojizo, cubierto de vellos ásperos y punzantes como espinas. —Ignóralo y vivirás feliz.

—Se puede olvidar el estado a que uno se halla reducido, pero jamás el haber comido en la misma mesa y los mismos alimentos que un humano-T. Pediré a Goqar que me eche a los peces del estanque; es lo menos que puede hacer por mí.

La sopa estaba exquisita y no hice caso de aquella sarta de insensateces. Pero, de pronto, aquel delicioso líquido caliente me bañó el rostro.

Un turbión de carcajadas se oyó en el comedor. Witorr, el horfosiano, agitaba frenéticamente sus cuatro tentáculos superiores, en tanto que con los cuatro inferiores bailaba una alocada danza. Olaz se revolcaba por el suelo, con un fuerte ataque de hilaridad, y así el resto de los esclavos.

Miré la fruta que me habían arrojado en el centro del plato, Luego busqué con la vista al autor del desaguisado. Era el negrazo. Se reía.

Continuaba riéndose cuando me levanté, con la fruta en la mano. Se la estampé en la boca y por poco se la hago tragar. Por lo menos le corté la respiración.

Y los comentarios también. Un súbito silencio se expandió por la habitación.

Goqar, el negro, cerró súbitamente los dientes, con seco chasquido, partiendo en dos la fruta. Luego la escupió.

—¡Maldito humano-T! —bramó, con tal fuerza que hizo temblar los muros. Su mano barrió todos los platos y vasos que había sobre

la mesa, junto con otro esclavo que no había tenido tiempo de apartarse—. ¡Maldito humano-T! —repitió. Te voy a hacer papilla.

—Convendría que te reservases el aliento para otras ocasiones mejores, boca de túnel —le dije.

—Te respeté antes porque tenías que ver a nuestra ama; pero ahora has osado poner tu mano en mí, Goqar, jefe de los esclavos de Fulvia, pero lo vas a lamentar durante toda tu vida, si es que vives cuando termine. ¡Fuera! ¡Dejadme sitio!

La corte de aduladores de Goqar obedeció. Los dos nos quedamos frente a frente, mirándonos fijamente.

De pronto saltó sobre mí, con los brazos extendidos. Vi clara su intención de atraparme en ellos y obré de una manera totalmente opuesta a como él había calculado, sin duda.

En lugar de esquivarlo, yo también salté contra él, pero con la cabeza gacha. Se la hundí en el pecho y Goqar rebotó a un lado, vacíos de aire los pulmones.

Otro en mi lugar lo hubiera dejado levantarse. Yo no. Levanté el píe y lo disparé contra su mandíbula. Quería deshacerme cuanto antes de aquel Sansón de ébano.

Pero había calculado mal su capacidad de recuperación. Goqar me cogió por el tobillo, justo en el momento en que mi pie rozaba ya su barbilla, y sus dedos se convirtieron en tenazas de acero. Perdí el equilibrio y volé por los aires.

Arrollé a Zanos, el tulaiita. Los dos caímos revueltos en confuso montón, pero él encima, con lo que pudo huir enseguida de la mole de músculos que se arrojaba sobre nosotros, bramando como un búfalo enloquecido.

Rodé sobre mí mismo y esquivé el doble pisotón del negro. Pero antes de que me hubiera podido incorporar, noté que la pared se me aproximaba velocísimamente. Un terrible dolor en el costado derecho me llenó de agua los ojos.

Paré con las manos el golpe, y luego me volví, el puño de Goqar caía sobre mi frente. Me la iba a aplastar.

En el último instante, logré desviar la cabeza, Pero recibí el impacto en pleno hombro, y ello me dobló las piernas. Más dolor todavía, dándome la impresión de haberme quedado manco.

Sin embargo, no había perdido el conocimiento. Pude levantar el pie y lo sentí, con infinito placer, rundirse en una cosa blanda

Goqar boqueó angustiosamente.

Repetí el golpe, y a la tercera vez, Goqar, cogiéndome de nuevo por el tobillo, me hizo dar una voltereta completa en el aire, con sólo una mano. Caí con sordo choque. Aullidos de júbilo se oyeron en el comedor.

Goqar me cogió por el cuello de la túnica, levantándome en vilo. Acercó su oscuro rostro al mío, y mi estómago se revolvió al percibir su fétido aliento.

Una feroz sonrisa apareció en el rostro del negrazo.

—Durante toda tu vida, si vives —dijo por segunda vez—, vas a lamentar haber puesto tus cochinas manos sobre mi cuerpo —y me soltó una bofetada que me desencuadernó las mandíbulas.

Otro golpe me borró parte del conocimiento. Me sentí un pelele en las zarpas de aquel gigante. Y no podía hacer nada para librarme de ellas.

Goqar siguió golpeándome con saña, en medio de la insana satisfacción de mis «compañeros». Percibí vagamente que el rostro se me iba convirtiendo en una masa tumefacta de carne y sangre, pero era ya como un niño impotente. El dolor, a fuerza de ser grande, dejó de ser percibido por mis nervios.

Milagrosamente no perdí el conocimiento. El muy, canalla sabía lo que se hacía y, si me hubiera retorcido el cuello, su placer habría terminado demasiado pronto. Por, eso seguía machacándome las narices partiéndome los labios, tundiéndome el rostro. La sangre empezó a correr, mansa y abundante.

Yo ya no me sostenía sobre mis piernas. Era la mano izquierda del negro la que me tenía en pie, pues la fuerza y la capacidad de resistencia habían huido de mis músculos. Ahora no era ya más que un pedacito de carne molida, con un vago resquicio de inteligencia. Los gritos de alegría de los demás esclavos llegaban de muy lejos a mis tímpanos. Y Goqar seguía, seguía golpeando duramente, sin cansarse nunca…

De pronto, la puerta del comedor se abrió. Fulvia, acompañada de otro hombre, apareció en el umbral.

Los ojos de Fulvia chispearon de cólera.

—¡Goqar! —gritó.

El negrazo se volvió. Su mano aflojo y yo caí al suelo.

Desde allí vi la temerosa expresión del negro. Sabía que había

caído en falta.

Fulvia también me miró. Vio el espantoso aspecto que ofrecía mi cara y sus labios temblaron. Pero fue un segundo.

Se volvió hacia el hombre que la acompañaba.

—¡Mátalo, Urwan!

El aludido obedeció. Desenfundó una pistola de pavoroso aspecto Goqar chilló espeluznado. Pero su grito de miedo desapareció con él, cuando su cuerpo recibió de lleno impacto del proyectil desintegrante. Hubo una bola de humo verdoso, en el cuál flotaban, alborotados, millares de luminosos puntitos dorados, y luego aquel humo se esparció, lento y nauseabundo, por la estancia. Olaz puso en marcha el aspirador.

Yo seguía caído en el suelo. Conservaba milagrosamente, el conocimiento, pero era evidente que lo perdería de un momento a otro. Sentía escurrírseme la sangre por las mejillas, goteando sordamente hasta el suelo.

—Ya habéis visto lo ocurrido. Yo tampoco tengo alguna simpatía por los humanos-T, pero Goqar desobedeció mis órdenes. Jan Valthin me es necesario para mi labor arqueológica; dados sus conocimientos, y todo aquél qué le toque el pelo de la ropa morirá.

Las palabras de Fulvia eran demasiado concluyentes para no ser obedecidas, entonces y en lo sucesivo. Vi el miedo en los ojos de los esclavos. La demostración de Urwan había sido harto convincente.

—Que dos de vosotros lo transporten hasta su dormitorio. Urwan, busca a mi médico y que cure a Valthin. ¡Y vosotros, miserables esclavos, acordaros de lo que os he dicho, si queréis vivir!

Magnífica, esplendente en su cólera, Fulvia dio la media vuelta y desapareció, Urwan ladró. Y nunca mejor aplicada la palabra, dado su aspecto canino, a pesar de ser un ente con inteligencia humana.

—¡Ya habéis oído! Olaz, Zanos, daos prisa.

Cuando las manos de mis compañeros me tocaron, perdí definitivamente el conocimiento.

No sé el tiempo que permanecí sin sentido, ni ello importa grandemente a la narración. Lo primero que recuerdo es el arrugado rostro de un hombre de avanzada edad, inclinado sobre mí, observándome curiosamente con sus vivaces ojillos.

—¡Ajá! —exclamó—. El muerto resucita. ¿Cómo te encuentras,

Valthin?

Intenté hablar, pero los sonidos se negaron a ser proferidos por mis labios tumefactos. El viejo volvió a sonreír.

—Te dieron una gran paliza, Valthin —murmuro—. De no ser por la oportuna intervención de Fulvia, no lo estarías contando ahora.

—¿Dónde… estoy? —articulé al fin con gran trabajo.

Vi a un par de mujeres afanándose en algo que no supe distinguir. Una de ellas se acercó con una pequeña bandeja en la cual había varios utensilios médicos.

—En la habitación que Urwan, por mandato de nuestra ama, te ha destinado —repuso el viejo, a quien supuse acertadamente el médico de Fulvia.

Tomó una especie de jeringuilla y me la aplicó, a la parte superior del brazo. Casi al instante me sentí renacer a la vida, Un suave, fuego líquido recorrió por mis venas, infundiéndome nuevas fuerzas, al mismo tiempo que hacía olvidar los mortales dolores de mi rostro.

—Eres fuerte y joven, Jan Valthin —dijo el viejo—, y te curarás pronto. Otros no tuvieron la suerte que tú.

Ahora tomó de la bandeja una especie de pomada, que aplicó sobre mi rostro con las yemas de sus dedos con infinita suavidad, extendiéndola por todos los rincones, incluidos los párpados. Después, la otra mujer, silenciosa, le alargó una especie de pistola.

El médico la tomó y la enfoco a mi rostro. De su boca, ancha, salió un chorro de aire cálido y perfumado, que secó la pomada en contados segundos, el alivio fue definitivo.

—No obstante —comentó el doctor—, las señales tardarán aún bastante en desaparecer; Goqar hizo su trabajó a conciencia.

—No todos los días se puede disfrutar del placer de tener un humano-T entre las manos, doctor —dije.

El aludido sonrió.

—Tienes razón; pero también es la primera vez que veo alguien que muere por haber golpeado a un humano-T. El hecho causará sensación.

—Y muchos sinsabores a nuestra ama —dije.

—No. Fulvia es muy poderosa y muy respetada y tiene numerosos valedores en la Corte. Nadie le hará nada; por el

contrario, lo estimarán como una chifladura más de ella.

—¿Una… chifladura?

—¡Naturalmente! ¿No crees que una criatura como ella, dechado de toda perfección física, y casi moral, debe estar loca para entregarse de lleno a una ciencia tan abstrusa como la Arqueología Estelar?

—Yo no creo nada —repuse—; he visto ya demasiadas cosas para asombrarme de los hechos de una mujer soltera y sin otra cosa que hacer que despilfarrar su dinero. A propósito, ¿cómo te llamas? Todavía no me has dicho tu nombre.

—Lodess, No es preciso que te diga soy el médico de Fulvia, ¿verdad?

—Demasiado lo vi Lodess, Gracias por tus cuidados. No todo el mundo se habría arriesgado a curar a un humano-T, como tú lo has hecho.

Lodess suspiró.

—¡Ay, hijo! No me quedó otro remedio; órdenes son órdenes, y las de Fulvia son las de conservarte, el pellejo a toda costa. Debes valer mucho para…

Las dos mujeres que hacían de ayudantes se acercaron entonces y pidieron permiso para retirarse… Lodess se lo concedió y los dos nos quedamos solos.

—Fulvia —continuó Lodess—, va a emprender una expedición científica dentro de muy poco. Tú tienes que ir con ella, de modo que…

—Ya lo sé; no hace mucho que me lo dijo.

—Eres un tipo de suerte, sin duda, Valthin. En fin, ya no quiero molestarte más. Ahora te daré una tableta para que duermas y dentro de unas cuantas horas volveré a verte.

Así lo hizo, y después, el médico me dio la mano. Pero, al sentir su contacto, me estremecí como si cien mil voltios hubieran circulado de repente a través de mi cuerpo.

Miré a Lodess estupefacto.

—¿Tú también? —exclamé.

Al estrecharme la mano el médico, el índice de la suya había trazado, durante el fugacísimo contacto, en la palma de la mía, el signo universal de reconocimiento de los humanos-T: una raya vertical y otra horizontal, cruzándose. Lodess se llevó un dedo a los

labios.

—¡Pssst…! Cuidado, Valthin; aquí las paredes tienen oídos.

—¡Tú… también… humano-T…! —balbucí muy bajo, en el colmo del asombro.

—Somos más; muchos más de los que tú te crees, Valthin. Pero no podemos arriesgarnos a dar la cara. Uno o dos solamente, como en tu caso, tendrían la habilidad da sobrevivir; más, seríamos exterminados como ratas inmundas, ¿comprendes?

—Pero… pero… ¿cómo Fulvia no se ha dado cuenta de tú condición?

—Porque yo se la he ocultado siempre, como es lógico. Solamente me he declarado aparte de a los que ya lo saben, a quien como tú, ha hecho gala valientemente de su origen. Formamos una especie de sociedad secreta, ignorada por completo de las autoridades, para ayudarnos en cuanto, podemos los unos a los otros.

—¡Dios mío! —exclamé—. Esto es más de cuanto hubiera podido soñar.

—Aún ignoras muchas, cosas más de nosotros, Valthin. No estamos tan solos como parece, y el día llegará en que podamos caminar orgullosamente con la frente bien alta, declarando nuestra condición a la luz del sol. Entretanto, descansa, que bien te conviene.

—¡Aguarda un momento! —¿No puedes figurarte tú por qué se ha encaprichado Fulvia de mí?

—Ya te lo dijo; necesitaba un humano-T para su próxima expedición científica.

—Eso no me acaba de convencer del todo. Dime, Lodess: ¿cuántos seremos en la expedición?

—Bastantes, Valthin. Llevaréis una astronave último modelo, equipada como ninguna lo estuvo. Acaso permanezcáis varios años alejados de Noroin.

—¡Varios años! —repetí absorto.

—Sí; y ahora, ¡adiós, Valthin! Anda, duerme; notarás un gran alivio al despertarte.

Por primera vez desde mi nacimiento dormí tranquilamente, sin temor a ser despertado de un puntapié en el costado o viendo ante mis ojos la oscura boca de una pistola desintegrante. Sí, yo era un

paria de las Galaxias, un montón de basura con inteligencia, un cerdo bípedo, en opinión de los pueblos estelares; pero, por primera vez en millares de años, un humano-T empezaba a respirar el reconfortante aire de la libertad.

* * *

La partida se efectuó mucho antes de lo pensado. En el astropuerto, las principales autoridades, entre ellos, el príncipe heredero de la corona de Noroin, despidieron a Fulvia, la cual, como jefe de la expedición, tenía un omnímodo poder sobre nosotros, apoyado por un centenar de guardias que viajaban en la nave, como fuerza de combate para los enemigos tanto internos como externos.

Además del centenar de los guardias, viajábamos unos trescientos tripulantes, todos con misiones especificadas concretamente, y entre nosotros había ejemplares de todas las razas y pueblos de la Galaxia, de uno y otro sexo. La nave era inmensa y nos acogía a todos con holgura y comodidad.

El suelo se fue alejando lentamente primero y más aprisa después Unos minutos más tarde, Noroin no era sino un recuerdo entre nosotros, es decir, para aquél que quería acordarse de él. Yo, no.

CAPÍTULO IV



ulvia me había dejado el aparato proyector y el microfilm recogido a bordo de la nave destrozada. Ya lo había pasado cien veces ante mis ojos para grabármelo indeleblemente en la memoria, y andaba ya por la ciento una, cuando el altavoz me llamó con su voz metálica, pero clara:

—¡Jan Valthin! ¡Jan Valthin! Preséntese inmediatamente en la cámara del comandante de la nave.

Corté la proyección y encendí la luz. No, no sería fácil que la imagen de aquel planeta se borrara de mi mente. En el momento en que le echara la vista encima, lo reconocería en el acto. Pero esto era precisamente, lo difícil: echarle la vista encima.

¿Dónde, estaba? ¿En qué ignorado rincón de la Supergalaxia se escondería su sistema solar? Con billones de soles, rodeados por trillones de planetas girando en torno suyo, ¿daríamos algún día con él? ¿No se habría embarcado Fulvia en una empresa de

imposible solución?

En todo caso, ello no me competía a mí. Lodess me había dicho que había más humanos-T de los que yo podía creer, y que solamente aguardaban el momento propicio para surgir a la luz del día, sin esconder el rostro tras una falsa nacionalidad, tal como se veían obligados a hacer ahora.

¿Sería un humano-T aquella esbelta pelirroja que se hallaba tras un telescopio, en un puesto de observación astronómica, escrutando impasiblemente las estrellas? ¿Podía ser un humano-T aquel hierático soldado que montaba guardia ante la puerta de la cámara de energía? ¿O aquel astrógrafo que consultaba sin cesar su carta estelar? ¿O aquella hermosa morena que pasaba, cimbreante, con una bandeja de comida, rumbo a la cámara de derrota? ¿Quién lo sabía? ¿Quién podía distinguir un humano-T de un humano galáctico? Y, sin embargo, la diferencia, moral, por supuesto, era tan notable, tan opuestos entre sí como la noche y el día, como el calor y el frío, como la luz y las tinieblas. El pueblo que fundara la civilización de las estrellas había sido exterminado, y sus escasos supervivientes, perseguidos, acorralados como bestias, dispersos por toda la infinita magnitud del Universo, como un nuevo pueblo judío, errante hasta la consumación de los siglos. ¿Conseguiríamos reunirnos algún día?

Esta pregunta me la formulé al llegar ante la puerta de la cámara que ocupaba Fulvia. Era la primera vez que la iba a ver desde el palizón que me propinara el negro.

El guardia que había allí de centinela, escupió a mis pies ostensiblemente. Me cuidé mucho de responderle; por el contrario, me anuncié:

—Soy Jan Valthin y Fulvia me ha llamado.

—Las mujeres son el diablo. En lugar de llamarle, yo sacaría tus huesos a la luz del sol con un buen látigo. ¡Pasa, perro!

No volví la cara para responder al insulto, Entré tal como era mi obligación de esclavo, me quedé firme en el umbral.

Durante un momento contemplé a mi sabor a Fulvia. Estaba sentada ante una sencilla mesa, gravando algo con un punzón electrónico en un cuadernillo de hojas de finísimo metal. Ahora vestía una sencilla túnica, sin mangas, que le llegaba hasta las rodillas, ceñida al talle por un costoso cinturón de pedrería que

hubiera podido servir para el rescate de un rey. Sus cortos cabellos, dorados como el oro mismo, estaban sujetos por una cinta encarnada, vulgar y corriente, pero que le prestaba un encanto y un atractivo singulares.

Fulvia continuó escribiendo unos momentos. Al fin concluyó, cerró el cuadernillo y lo arrojó a un lado de la mesa. Se puso en pie y caminó indolentemente hasta uno de los enormes ventanales que daba al espacio. A la izquierda, una pantalla televisora mostraba la cámara de derrota en pleno funcionamiento, con sus oficiales y pilotos al pie de los mandos.

—Veo que te encuentras ya bien del todo, Valthin —me dijo con voz indiferente.

—Ello es debido a los asiduos cuidados de Lodess, tu médico. ¡He de darte las gracias!

Fulvia agitó la mano.

—No lo hagas, Valthin; fue puro egoísmo por mi parte. Si hubieras muerto, mi expedición habría tenido que posponerse por fuerza durante un tiempo indefinido.

—No soy yo el único de mi raza, Fulvia; otros muchos humanos-T existen en la Galaxia que…

Ella volvió lentamente hacia mí la maravilla de sus verdosas pupilas.

—¿Sí? ¿Quieres decirme dónde están, Valthin? Y dime además, ¿dónde está el humano-T que, además de serlo, posea el título de técnico estelar?

—Estás insinuando que soy un ejemplar único, lo cual no es cierto, señora.

—Si crees qué ignoro que hay muchos de los tuyos escondidos por ahí, aguardando el momento propicio para dar la cara, entonces es que me supones tonta. Pero esto, en el fondo, no es más que un problema de política galáctica que no me compite a mí Valthin. Yo soy solamente una mujer dedicada de lleno a la ciencia, ya lo sabes, y todo lo demás me tiene sin cuidado.

«Mejor estarías dedicándote de lleno a un marido y cuatro arrapiezos», pensé para mis adentros, pero me libré muy bien de expresar en voz alta mis pensamientos. Ella continuó:

—¿Has estudiado bien él microfilm, Valthin?

—Sí, señora.

—Muy bien, pues. Tenlo todo preparado. Los instrumentos han detectado un sistema solar con varios planetas de tipo habitable. Los exploraremos dentro de muy pocos días. Tú vendrás conmigo.

—Sí, señora.

—No olvides de proveerte de armas, Valthin; podríamos necesitarlas.

Respingué. Aquello era demasiado para un esclavo. ¡Armas a un esclavo, y humano-T por añadidura!

Fulvia notó en mis ojos la sorpresa.

—No es la primera vez —me aclaró—, que en el transcurso de una de mis investigaciones me he encontrado con fieras, tanto humanas, mejor dicho, inteligentes, como irracionales. No quiero correr riesgo alguno, ¿entiendes?

—Sí; señora. Pero me debiera ser lícito objetar que tienes guardias de tu escolta que…

Fulvia hizo un gesto de impaciencia.

—No los quiero. Me servirían únicamente de estorbo.

—Pero están a bordo.

—Porque me obligaron. Con mis tripulantes hubiera tenido más que suficiente. Y basta ya de objeciones, Valthin; recuerda tu condición.

Me incliné gravemente.

—Sí, señora. Humildemente te pido perdón.

—Tenlo todo preparado para dentro de tres días. El predictor automático anuncia el aterrizaje para esa fecha. Nada más.

La despedida era clarísima, de modo que no tuve que hacer otra cosa que saludar y largarme de allí.

En la puerta me vi obligado a echarme a un lado. Aquel atildado petimetre que había querido comprarme en el mercado de esclavos pasó ante mí, dejándome helado de asombro, a la cámara de Fulvia. Él tipo no me escupió; pero hizo algo por el estilo: se tapó las narices con un pañuelo, como si yo hediera a cuerno quemado. Contuve las ansias de machacarle las narices, y me dije que lo mejor sería tener un ratito de conversación con el doctor Lodess, quien también formaba parte de la expedición.

Lo encontré en su cámara, pero con un puñal en el pecho.

Un helado escalofrío recorrió toda la longitud de mi columna vertebral. No era por el hecho en sí de ver un cadáver; demasiados

había visto en mi corta y azarosa vida. Lo que me congeló la sangre en las venas fue el papel metálico que tenía prendido con el propio cuchillo.

Lo leí, temblando de pavor, lo confieso. Sólo decía esto:

> «Así acabarán todos los humanos-T que pretenden resucitar de nuevo su raza maldita».

Naturalmente, no había firma. Ni ello me preocupó, ¿para qué?

Mis preocupaciones nacían del hecho de que el asesino sabía nuestras concomitancias y sabía también que los humanos-T debían, si no abundar, sí por lo menos existir en cantidad apreciable en la nave. Fuera quien fuera el matador del médico, el hecho indudable era que su muerte estaba destinada a sembrar el pavor y el desconcierto entre nosotros.

Pero ¿quiénes éramos «nosotros»? Yo no conocía a ningún humano-T, que no fuera mi persona. Indudablemente, el contenido del mensaje se esparciría por la nave, la dotación se enteraría y…

Una pesada mano cayó sobre mi hombro, haciéndome vacilar.

Giré sobre mis talones. Ante mí estaba el fornido Kublar, jefe de los guardias.

—¿Quién lo ha matado?

—No lo sé. Yo vine…

«¡Smash!».

La bofetada me encendió una mejilla.

—¿Quién lo ha matado, perro? —aulló Kublar.

—Te he dicho que no lo sé; yo acababa de llegar y…

Ahora fue la otra mejilla la castigada. Volé hasta el mamparo más próximo. Kublar se asomó a la puerta y llamó:

—¡Guardias! ¡Aquí, pronto, en la cámara del médico!

Su poderosa voz se expandió como con un altoparlante por todas las cubiertas de la espacionave. Pasos precipitados se escucharon enseguida, y no tardaron tres o cuatro guardias en hacer su aparición.

—¡Encerradlo en los calabozos! —ordenó malignamente Kublar —. Yo iré a verle enseguida y le haré confesar su repugnante delito.

Los guardias se arrojaron sobre mí, moliéndome a palos. Me

llevaron en volandas, y no tardé mucho en sentir el seco estampido de la puerta de acero al cerrarse.

Perdí los estribos por primera vez en mucho tiempo. Frenético, desesperado, me arrojé contra la puerta y la golpeé con loca desespero con los puños desnudos. Lágrimas de dolor y rabia surcaron ardientes mis mejillas. Dolor, por la muerte de Lodess; rabia, por la injusta acusación de que era objeto.

Pero no duró mucho mi encierro. Poco más o menos quince minutos más tarde la puerta, se abrió y dos guardias me sacaron del calabozo y me llevaron a presencia de Fulvia.

Ésta se hallaba sentada tras su mesa de trabajo y a un lado de ella se encontraban el petimetre y el capitán de los guardias, Kublar; en el otro, Reshdin llenaba con su voluminosa humanidad buena parte del espacio de la cámara.

Pero no tuve lugar para el asombro. Fulvia me preguntó:

—¿Has matado tú a Lodess, Valthin?

—No, señora; acababa de llegar cuando el capitán Kublar me detuvo.

—No pudo ser otro, señora —intervino con vehemencia Kublar —; la sangre aún corría por el lecho de Lodess cuando yo lo descubrí.

—¡Eso es incierto! —protesté—. A mí no se me habría ocurrido nunca dejar un papel de amenaza para los humanos-T perteneciendo yo, como pertenezco a esa raza.

—En eso tiene razón Valthin —dijo Fulvia, mirando a Kublar.

—Lo habrá dejado para despistar, señora —insistió el capitán.

—¿Y qué motivos tendría para haberlo asesinado, cuando no le debía otra cosa que agradecimiento, Kublar?

—Déjame al prisionero durante media hora, señora, y te diré los motivos. Yo…

—No —contestó Fulvia—. Puede que sea el asesino, puede que no; pero en ningún momento ha de maltratársele. Lo necesito yo, ¿sabes?

—Estos humanos-T —intervino lánguidamente el petimetre— no entienden más ley que la del látigo. Déjalo, Fulvia; en verdad que sería un espectáculo muy interesante.

—He dicho que no, Ratheb —y así me enteré del nombre del remilgado, cuyo papel a bordo no comprendía—. A lo único que

accedo, y como medida de precaución, es a que permanezca encerrado en su cámara, con guardias de vista, en tanto yo no requiera sus servicios. ¿Me has oído, Kublar?

—Me hubiera gustado ser sordo —masculló el guardia—. ¿Leíste la nota, señora? ¿Sabes lo que quiere indicar? Sencillamente esto: que a bordo de la nave hay gente que pertenece a esta maldita raza. Deja el asunto en mis manos; con toda seguridad, Valthin los conocerá y me dirá sus nombres.

—¿Y para qué quieres saberlo, Kublar? ¿Acaso estás pensando en un motín?

—¿Y qué otra cosa pueden pretender estos perros, señora? Déjame…

—No, Kublar.

—Por lo menos permítame emplear el «telepátor», señora. Así podré sondear los cerebros de todos los miembros de la tripulación de aspecto humano y hallar los que pertenezcan a la raza «T».

—Efectivamente —comentó ahogando un bostezo Ratheb— es muy desagradable que estos individuos sean tan parecidos en todo a nosotros. Debieran tener alguna característica física que los diferenciara de las razas nobles, ¿no te parece, Fulvia? De otra forma, sólo podemos descubrir a un humano-T cuando le sondeamos la mente.

—No tendría inconveniente en ello —dijo Fulvia—, si no fuera por que la mayoría de los tripulantes se negarán a que el «telepátor» sea utilizado en ellos. Ya sabes, Kublar, que ello va contra los derechos de los noroinios y demás razas nobles de la Galaxia.

—Sí; pero ¿y qué ocurrirá si a bordo tenemos varios humanos-T? No podemos descubrirlos de otra forma, señora.

—El «telepátor» sólo puede ser utilizado contra la voluntad de una persona cuando ésta es sospechosa de un crimen. Ejemplo: Valthin. Y ahora, dime, Kublar: ¿consideras tú sospechosos a todos los miembros de la dotación?

—Está bien, señora —refunfuñó el guardia—. Cuando menos, déjame utilizarlo con este pajarraco. Él niega sus concomitancias con los de su raza; yo se lo haré escupir aunque, no quiera así como los motivos que tuvo para asesinar a tu médico.

Entonces fue cuando yo, un esclavo, me atreví hablar sin ser preguntado.

—Puedes hacerlo, Kublar, pero te prevengo perderás el tiempo en vano. Ni estoy en relación con individuo alguno de mi raza, ni conozco a nadie a bordo de la nave. Ni fuera de ella tampoco; los únicos que conocía murieron.

Mis palabras parecieron impresionar al auditorio. Por regla general, cuando a una persona se le amenazaba con el «telepátor», protestaba ferozmente; pero el hecho de que alguien no opusiera el menor inconveniente a su titulación denotaba claramente la verdad de mis aseveraciones.

—¿Has oído, Kublar? —dijo Fulvia, no sin cierto retintín irónico.

El capitán de los guardias se molestó. Masculló entre dientes algo que debía ser con toda seguridad una diatriba contra las mujeres como comandanta de una nave interestelar, y luego me cogió por el pescuezo.

—¡Andando, tú! —me dijo con muy poco cariño, y me empujó delante de él.

Quedé, pues, encerrado en mi cámara, lo cual no era poca ventaja comparado con el oscuro calabozo en el cual había permanecido un cuarto de hora. El tiempo empezó a pasar.

A la hora de comer, un soldado penetró en la estancia con la bandeja llena de alimentos. Al entregármela, su mano rozó la mía.

Antes, empero, de que me hiciera el gesto, ya sabía que aquel soldado era uno de mi misma raza. Nuestros ojos se miraron y, desde aquel momento, supe que podía contar con un aliado.

—Toma, perro —me insultó—. ¡Lástima de manjares! De otra forma te los daría yo.

—Puedes ahorrarte todos esos insultos, esbirro —le repliqué en el mismo tono—. Estoy acostumbrado a ellos.

El guardia soltó una carcajada.

—No a los de Xayer —dijo—. Tengo una infinita variedad de ellos, ¿sabes?

—Puedes ir a prodigárselos a tus venerables antepasados, ¡bribón! Y si no dejas de molestarme, te estamparé la bandeja en la cara.

Estaba al lado de la mesa, en pie, y a un metro de mí, Xayer. Sus ojos brillaron de furia.

—¡Machácale las narices! —gritó, el centinela de la puerta, riendo a todo trapo.

Xayer se arrojó sobre mí. Me asió el cuello con manos y me zarandeó. Le seguí la corriente, escuchando entretanto lo que decían sus labios sin apenas moverse.

—El golpe está señalado para cuando regreséis de la exploración, Valthin. Te haré saber la hora oportuna —y alzó la voz estentóreamente—. ¡Toma, puerco!

La rodilla que me clavó en la barriga era harto autentica y no tuve que fingir para desplomarme en el suelo. Frotándose las manos, como para sacudirse el polvo, se volvió hacia la puerta, intercambiando soeces comentarios acerca de mí y de todos los de mi raza con su compañero de guardia.

Tres días más tarde, avistamos el planeta señalado por los predictores. Y entonces los megáfonos anunciaron:

—¡Atención la dotación de desembarco planetario! ¡Reúnanse en la esclusa Cuatro Sudoeste! ¡Atención, Jan Valthin, vaya inmediatamente a la cámara del comandante!

CAPÍTULO V



ulvia estaba ya esperándome en la esclusa, junto con unos cuantos personajes de los que formaban parte de la tripulación de desembarco, entre los cuales se hallaban Witorr, Zanos y Olaz.

La esclusa daba a una de las naves auxiliares con las cuales tomaríamos tierra en el planeta que íbamos a explorar, ya que la nuestra, dado su volumen, no podía hacerlo de no ser en lugares adecuados y aquél, a juzgar por lo que habían señalado los aparatos detectores, carecía de ellos. Fulvia ni me miró siquiera, y en cuanto a los restantes hicieron las acostumbradas muecas de despreció y desagrado. Yo me hice el desentendido, único modo de no enzarzarme en una lucha constante.

Pasamos a la nave auxiliar, y los contactos que unían a la principal se soltaron, El piloto dio gas y empezamos a caer.

Desde la altura, pude divisar el aspecto del planeta que íbamos a explorar, Un mundo habitable, la atmósfera respirable y con la

cantidad suficiente de agua y tierra para poder subsistir con medios propios. Calculé normal su gravedad, jugándolo por el tamaño, que iba aumentando a cada minuto que transcurría.

En tanto descendíamos, mi mente voló una vez más hacia las palabras. Intercambiadas con Xayer. Me recordé a mí mismo, procurando dominar el sombro que éstas me habían causado. ¡La nave estaba plagada de humanos-T, los cuales tenían preparado un motín para apoderarse de ella.

Y luego, ¿qué sería de nosotros? ¿Qué haríamos? Ésta era la pregunta más acuciante, a la cual no podía contestarme en modo alguno. Aun en el caso, muy probable, de que consiguiéramos apoderarnos la astronave, ¿cuál sería, nuestra línea de conducta a seguir en el futuro?

Una vez más me encogí de hombros, indiferente ante mi porvenir. Si se conseguía tal cosa, las naves de guerra, no solamente de Noroin, sino también de todas las Galaxias, nos perseguirían implacablemente, hasta hallarnos y exterminarnos sin piedad. Ni siquiera nos salvaría el supuesto de hallar nuestro Planeta-origen, ya que también, y con toda seguridad, lo sabrían hallar.

Meneé la cabeza, disgustado conmigo mismo, «Mal asunto, mal asunto!», repetí para mis adentros, y no me di cuenta de que Fulvia me estaba observando atentamente.

—¿Qué te ocurre, Valthin?

Me sobresalté. Absorto en mis propios pensamientos, no me había apercibido de la observación de que era objeto por parte de Fulvia.

—Oh, nada… Nada de particular, señora.

—Movías los labios como si hablaras solo. Valthin.

—Una desagradable costumbre mía, señora.

—¿Acaso temes algo?

—No, estando a tu lado y contando con tu protección.

—Puedo retirártela algún día, Valthin —me amenazó suavemente.

—Tendría que resignarme a ello, señora.

—Lo dices con mucha tranquilidad, como si no te importara el futuro.

—El futuro de un humano-T, sin esperanza alguna de redención, no es nada agradable, señora.

—Vi que Fulvia se mordía los labios. De pronto, varió la conversación.

—No me has preguntado por qué vamos a explorar este planeta, Valthin.

—Ya sabes que un esclavo no puede hacer preguntas, señora, se lo veda su condición.

—Yo te relevo de tal prohibición, Valthin, puesto que eres uno de mis auxiliares, técnicos.

—Tu bondad conmigo es infinita, señora. Gracias.

—Vamos a explorar ese planeta, Valthin —se explicó—, porque muy bien pudiéramos hallar indicios de vuestro paso por él, es decir, de los hombres de tu raza que te precedieron en la exploración de las estrellas.

Asentí con la cabeza mudamente. Ella prosiguió.

—Si halláramos esos indicios, acaso podrían decimos en que lugar de la Galaxia se encuentra vuestro planeta. ¿Te das cuenta de la gloria que sería para mí hallarlo, Valthin?

—¿Para qué buscar un planeta que es el origen de la raza más perseguida de todo el Universo? ¿Crees en serio que eso puede reportarte algún honor, Fulvia?

Los verdes ojos centellearon irritados.

—Eres muy escéptico, Valthin.

—Realista simplemente, señora. Procuro ver las cosas tal como son y no como querría que fueran.

—Oh —exclamó ella, encerrándose en un hosco mutismo, del cual no salió hasta que pusimos pie en aquel planeta que íbamos a explorar.

Nuestro piloto era indudablemente un tipo hábil, y aterrizó en el lugar que más convenía a la medición. A corta distancia de la nave había un mar, cuya extensión no parecía tener límites. Desde la playa de arena en que nos hallábamos y a nuestra izquierda, a unos doscientos metros de distancia, se divisaba el comienzo de una selva, cuyo aspecto era el de no haber sido jamás hollada por los humanos. Las copas de sus árboles se elevaban a alturas increíbles, y se agitaban movidas por una blanda y refrescante brisa. Más allá, a una distancia imposible de calcular sin instrumentos, cerraba el horizonte una elevadísima cadena de montañas, cuyas cimas resplandecían de blancura. La temperatura era cálida, sin llegar a

ser sofocante. Pero nos habría molestado mucho el calor, de no ser por el vientecillo que cité anteriormente.

Fulvia tomó en el acto sus primeras determinaciones. Del vientre de la nave que nos había transportado hasta allí descargaron dos vehículos para todo terreno, pequeños, pero fuertes, maniobreros y de gran capacidad de carga y resistencia. Nos dividimos en tres grupos, uno de los cuales, el más pequeño, había de quedarse vigilando la nave, y los otros dos nos dispusimos a embarcar en los orugas.

Pero, cuando lo estábamos haciendo, un ruido extraño se oyó en el mar. Todos volvimos instintivamente la cabeza hacia aquel punto.

Contemplamos estupefactos aquel espectáculo. El agua hervía literalmente, como agitada en su fondo por ignoradas fuerzas plutónicas, al mismo tiempo que de aquellos borbollones salían espesas columnas de humo. De pronto, algo emergió a la superficie.

Lanzamos todos un agudo y unánime grito. Aquello superaba todo cuanto uno pudiera imaginarse.

Parecía una serpiente gigantesca, bicéfala, cuyo cuerpo tenía varios metros de grosor. Las dos cabezas, enormes, estaban provistas de sendas bocazas, cuyos menores dientes eran capaces de atravesar a uno de nosotros, y sus ojos, prominentes, casi fuera de sus órbitas, tenían un diámetro equivalente a la altura de un hombre. Lo que veíamos salía al menos treinta metros fuera del agua.

Aquel ser impasible lanzó un atroz rugido que nos martirizó cruelmente los tímpanos. El grito que lanzó, mezcla de bramido y aullido, se expandió en todas direcciones. Y luego empezó a caminar, o a nadar, hacia la playa.

Yo vi bien pronto el peligro que nos amenazaba.

Tomé el brazo de Fulvia y grité:

—¡A los orugas! ¡Rápido no hay tiempo que perder!

Ni tampoco lo teníamos para regresar a la nave. Pero ésta si podía alejarse, puesto que el tercer grupo, con el piloto, había quedado a bordo. Sentándome en el puesto del conductor, di un manotazo al dial de la radio.

—Piloto del avión, huya de este lugar. Manténgase en contacto radial con nosotros —y el individuo, comprendiéndome, soltó los

chorros de sus motores, elevándose con atroz rugido. Fulvia aprobó mi gesto.

Entre tanto, el monstruo prehistórico, cuyo aspecto recordaba vagamente el de un plesiosaurio, se iba acercando con rapidez a la playa. Su cola, era gruesa, casi tanto como su interminable cuello escindido, ya azotaba furiosamente el agua, al mismo tiempo que sus planas patas, sin uñas ni dedos, semejantes a las de las focas. Medio cuerpo tenía ya fuera del agua, y solamente con verlo estuve a punto de desmayarme. Aquello superaba cuanto había visto en mi vida.

Puse en marcha el motor del vehículo y empezamos a correr hacia la selva, Aquí, el plesiosaurio; lo que fuera, tendría mucha más dificultad en perseguirnos, aparte de que su inmensa masa, hecha para el líquido elemento, sería mucho más difícil de mover en tierra. Moví unas palancas, preparando en la proa del oruga, las cizallas que cortarían lianas y troncos para facilitarnos el camino.

Pero aún no habíamos recorrido cien metros, cuando súbitamente un enorme trueno nos heló la sangre en las venas.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Fulvia, intensamente pálida—. ¡No puede ser!

—Pues lo es —gruñí—. ¡Mira!

Varios árboles de enorme grosor fueron tronchados con toda facilidad, como si al otro lado hubiera alguna enorme máquina cortadora. El suelo tembló no solamente por el trueno que volvía a repetirse, sino por las pisadas de algún otro animal de apocalíptico aspecto.

La bestia surgió a la luz del día. Temblé.

Era casi tan alta como las copas de los árboles que abatía con la misma facilidad que yo pisoteo una espiga de trigo, y tan grande como el plesiosaurio, y no hacía falta tener mucha imaginación para comprender que su fiereza era igual, si no mayor, que la de éste. Pero no era un animal acuático.

Tenía todo el cuerpo recubierto de gruesas escamas óseas, que más parecían de piedra, y una triple hilera de éstas, de unos tres metros de altura, corrían a todo lo largo de su espinazo, desde la estrecha frente, en la cual había dos malignos ojillos, rodeados también de escamas, al extremo de la cola. Calculé su longitud total en unos sesenta metros, y la altura de las garras al punto máximo de

su lomo era de unos veinticinco. Realmente era un formidable animal.

Tenía que pesar forzosamente un buen montón de toneladas, pero se movía con sus seis patazas, con la mayor facilidad. El suelo tembló, como sacudido por una convulsión sísmica, cuando cargó contra nosotros.

Abrió sus fauces, capaces de tragarse a media docena de perdonas de una sola vez y trompeteó hasta rompernos los tímpanos.

Fulvia gritó:

—¡Apártate de su trayectoria, Valthin, o nos aplastará!

—Eso es lo que trato de hacer —mascullé, moviendo frenéticamente los controles.

La distancia entre nosotros y la fiera era cada vez menor y nos aventajaba rápidamente.

Debemos la vida al hecho de que yo saltara antes que nadie sobre el vehículo. El gigantosaurio haciendo trepidar el suelo, cayó sobre el otro vehículo y lo aplastó de un solo zarpado, convirtiéndolo en una horrible pulpa de metal y sangre. Los gritos de los infelices que en él viajaban se cortaron rápidamente.

Pero un par de ellos habían podido saltar, a tiempo, antes de que la pata de la bestia machacara el oruga, y corrían frenéticamente, buscando un imposible refugio en la floresta. El monstruo no tuvo más que alargar el cuello un par de veces.

He recordado muchas veces aquella escena y siempre lo he comparado con esos pájaros que devoran insectos, Están aparentemente quietos, inmobles; pero de pronto ejecutan un rapidísimo movimiento, incapaz de seguir con la vista, y algún infeliz díptero es tragado por sus fauces, sin apenas ser advertido por el ojo humano. El gigantosaurio hizo lo mismo con aquellos dos desgraciados.

Alargó el cuello y al retirarlo, uno de los hombres había desaparecido. De las comisuras de aquella enorme boca cayeron algunas gotas de sangre. Otro movimiento, y el segundo individuo se esfumó, junto con sus alaridos de pavor. En medio de todo, tuve el triste consuelo de saber que sus sufrimientos habían sido brevísimos.

Destrozado uno de sus enemigos, la bestia se volvió hacia

nosotros. No podía decirse que teníamos la salvación ante nuestros ojos, puesto que de sobra habíamos visto como se abría paso a través del bosque. Pero confiaba en mi habilidad para salvarnos, aunque gracias a Dios no tuve que utilizarla.

Un espantoso alarido quebrantó la atmósfera.

—¡El plesiosaurio! —exclamé.

Me había olvidado de él por completo.

Al trompetazo del monstruo acuático, sucedió el rugido del terrestre. Remonté una especie de colinita y, escondiéndome tras un protector grupo de árboles, hice girar al oruga. Allí nos dispusimos todos a contemplar el cruento espectáculo.

Los dos animales debían, ser enemigos inveterados. Era evidente que el plesiosaurio había salido del agua, más que por nosotros, por haber previsto la llegada de su antagonista. Y no tuvo empacho alguno en lanzarse contra él, aleteando con sus planas patas, que levantaban, en el aire, enormes surtidores de arena.

Las dos fieras se enzarzaron en una mortífera pelea, sacudiendo el suelo y haciéndolo temblar. Les rugidos y los bramidos atronaban al aire, pero no tardé mucho en comprender de parte de quién se iba a decantar la victoria. Uno de los dos monstruos estaba protegido por su coraza; y la piel del otro, aunque gruesa y durísima, sin embargo, no podía compararse con la del primero.

El gigantosaurio arrancó una de las patas de su oponente de un solo mordisco, dejándolo cojo. Arremetió contra él, tirándole feroces mordiscos que le arrancaban enormes trozos de carne, los cuales dejaban unos huecos colosales en los cuales habríamos cabido dos o tres de nosotros con toda facilidad. Torrentes de sangre empezaron a manar de los flancos del plesiosaurio.

Estoy dándoles nombres conocidos a aquéllas, bestias, puesto que su aspecto recordaba vagamente al de animales que existieron en la Era Secundaría de nuestro mundo, pero no porque lo fueran exactamente, dado que sus diferencias morfológicas eran notabilísimas. Sin embargo, ello me ayuda mucho en la narración.

La cola del plesiosaurio azotó con terrible furia los flancos del exápodo acorazado, haciéndolo vacilar. El primero devolvió los mordiscos, haciendo presa, con sus dos cabezas, en uno de los ojos de su rival, que desapareció en medio, de una catarata de sangre. Luego los dos animales formaron un confuso revoltijo, del cual

salían atronadores bramidos y en el que era imposible casi ver nada, a causa de la enorme polvareda que levantaban en su pelea.

De pronto me di cuenta de un curioso detalle: A mi lado, Fulvia, impasible, estaba filmando aquella espantosa lucha con una pequeña cámara tomavistas, no mayor que su manecita. Pasados los primeros momentos su rostro había recuperado el color natural y me pareció más encantadora que nunca.

La lucha duró un tiempo que se nos antojó interminable. De pronto, el plesiosaurio se separó de su enemigo. Agitó como un látigo su interminable cuello.

El otro saltó hacia él con las fauces abiertas. Protegido por su espesísimo caparazón, había resultado con heridas relativamente leves y se hallaba en mucho mejores condiciones que su antagonista. Cerró las fauces y una cabeza del plesiosaurio desapareció. Otro mordisco, y el monstruo quedó decapitado limpiamente.

Aquel larguísimo cuello se agitó espasmódicamente en el aire, arrojando enormes chorros de sangre. De pronto, el cuerpo se tumbó y comenzó a estremecerse en los últimos momentos de su agonía. Vivía aún, a pesar de no tener cabezas. Pero sus minutos estaban contados.

El gigantosaurio nos miró ferozmente con su único y sanguinolento ojo. Me dio la sensación de que estaba reponiendo fuerzas antes de desencadenar el último ataque.

Pero en aquel momento la nave que nos había traído desde la espacionave principal cayó del cielo, picando como una Némesis vengadora. De las cortas aletas que nacían a ambos lados del fuselaje brotaron dos rayos de fuego.

El piloto obró con suprema habilidad. Usó proyectiles anticuados, de combustión química, pero de alto poder explosivo y gran potencia de penetración. Atravesaron aquellas espesas placas óseas como si fueran de blanda manteca, dejando como rastro de su paso dos sangrientos orificios redondos.

Dos sordas detonaciones resonaron, haciendo estremecerse al gigantosaurio. Pedazos enormes de carne, junto con fragmentos de escamas, volaron por los aíres. El monstruo se lamentó sonoramente.

La nave se remontó un poco, cayendo de nuevo sobre la bestia.

Dos disparos más la alcanzaron de lleno y la fulminaron con el poder de su carga explosiva. El interior de acuella colosal anatomía quedó destrozado por completo. El gigantosaurio arrojó por las colosales brechas abiertas por los proyectiles cataratas de roja sangre y luego, tras un último estremecimiento, se desplomó a un lado, definitivamente muerto.

Un suspiro colectivo se escapó de todos nuestros pechos. El peligro, salvo la aparición de nuevas bestias, había desaparecido. Fulvia cortó la marcha de su cámara y me miró.

—Dame el transmisor —pidió.

Se lo entregué.

Poniéndose en comunicación con el piloto de la nave, le ordenó aterrizar de nuevo, felicitándole después por su acertada intervención. Luego nos dijo:

—Es preciso hacer un recuento de nuestras fuerzas.

Había un hombre con uniforme de guardia y galones de teniente.

—¿Es qué después de lo ocurrido no piensas reembarcar, Fulvia?

—No Dallo; la muerte de esos desgraciados no puede variar un ápice mis planes. Ocurra lo que ocurra, tenemos que seguir adelante con la exploración.

Dallo se inclinó.

—Tú mandas, Fulvia —y no dijo más; pero, observándole, vi el disgusto que la actitud de la joven le causaba.

El recuento de nuestras fuerzas, tal como lo había, ordenado Fulvia, dio un balance harto desconsolador. Aparte de ella y de mí, sólo estábamos el teniente Dallo, mis tres compañeros de esclavitud y otro horfosiano, compatriota de Witorr, también esclavo. En el avión quedaban el piloto, su ayudante y un par de guardias. En total, éramos once personas para continuar las investigaciones exploratorias.

Caminando con precaución nos acercarnos al lugar de la catástrofe, donde habían perecido nuestros desdichados compañeros. Tal como he dicho, el vehículo era una masa informe de metal, junto con la cual se hallaban revueltos los destrozados cuerpos de sus ocupantes, excepto los dos que habían sido devorados por el gigantosaurio. No cabía hacer nada por ellos, sino darles una digna sepultura.

Pero Fulvia no quiso perder el tiempo. Ordenó reanudar la marcha.

Comprendí en cierto modo sus razones. Me senté en el puesto del conductor y ella lo hizo a mi lado. Detrás, junto con el equipo, iban Dallo y los otros cuatro, todos armados con sendas pistolas desintegrantes, útiles tan sólo para bestias menores. Por eso no las habíamos usado contra los monstruos antediluvianos: porque hubiera sido una pérdida inútil de energía.

Nos adentramos en la selva, cuya frondosidad nos ocultó casi enseguida la luz del sol que alumbraba aquel planeta. El ambiente se hizo denso, Húmedo, pesado, maloliente. Las cizallas delanteras trabajaban de firme para abrirnos camino y a veces las orugas resbalaban sobre la jugosa capa vegetal que abría el suelo, la cual retardaba notablemente su avance. Pero, a pesar de todo, éste lento o rápido, proseguía.

Durante horas continuamos marchando, sin que la espesura de la jungla diera señales de disminuir. En ocasiones atravesamos el ancho rastro de alguna de aquellas bestias gigantescas; pero, por fortuna, no volvimos a divisar ninguna más. Empecé a fatigarme.

Cruzamos un negruzco arroyo de hediondas aguas y al trepar a la orilla opuesta, las cadenas resbalaron en el fango. El motor soltó un bramido y de pronto, se paró.

Lancé una maldición. Me dispuse a saltar al suelo, para ver de reparar la avería, pero en aquel momento sonó un ronco cloqueo.

Fulvia gritó. Me volví rápidamente y el vello de mi nuca se erizó de espanto.

El compatriota de Witorr se estaba deshinchando como una pelota de goma. Movía sus ocho tentáculos frenéticamente, con gestos apenas perceptibles por la vista, al mismo tiempo que se retorcía como poseído por un ataque de epilepsia. No tardé mucho en saber la causa de aquello, una flecha de largo astil se le había clavado profundamente en su esférico vientre y el horfosiano se estaba muriendo.

CAPÍTULO VI



ra siniestramente ridícula la forma en que moría el horfosiano. De no haber sido una cosa tan trágica, habría motivado más de una carcajada el ver cómo se deshinchaba aquel cuerpo por el orificio abierto por la larguísima flecha, de emplumado astil.

Una sustancia purulenta, de repugnante color grisáceo, salía por el agujero. El horfosiano se agitó espasmódicamente unos minutos y luego se inmovilizó.

Una nube de flechas voló hacia nosotros, producido un conjunto de tétricos silbidos. Los largos proyectiles rebotaron por todas partes, sin que esta vez, por fortuna, nos alcanzaran a ninguno de nosotros.

—¡Valthin! ¡Sube!

En lugar de obedecerla, saqué mi pistola. A diez metros de distancia alguien estaba tensando un enorme arco, con una vira en la cuerda. Apreté el gatillo y el individuo se volatilizó como por

encanto.

Luego trepé al oruga. Forcejeé con el motor, pero las orugas estaban demasiado hundidas en el fango y resbalaban inútilmente. Comprendí que sin un remolque era imposible salir de allí.

—Debemos aprestarnos a la defensa —dije, apartando una flecha que había caído muy cerca de mí.

Me estremecí al tocarla. Al menos medía metro y medio de longitud, con una punta aserrada y aguzada en extremo, que debía causar forzosamente horribles heridas, aunque no fueran mortales, y fuera del que yo había liquidado, no veíamos ningún otro enemigo.

Las pistolas desintegrantes salieron a relucir.

Zanos lanzó de pronto un aterrador aullido. Me volví.

Una saeta le había entrado por la espalda, saliéndole la punta por el pecho. Pataleó unos momentos y luego cayó fuera del vehículo. Dallo, enloquecido, soltó una descarga circular con su pistola que barrió todo el espacio que tenía frente a sí. Hombres y plantas se volatilizaron, convirtiéndose en hediondas nubes de humo.

Aquello pareció contener un tanto a nuestros desconocidos asaltantes. Guareciéndonos como podíamos en él vehículo, parapetándonos detrás de los fardos que componían nuestro equipo de exploración, celebramos una especie de consejo de guerra.

—El coche no avanza —dije—; esto está visto Y no podemos permanecer aquí eternamente.

—Ya he llamado a la nave auxiliar para que venga nuestro socorro —dijo serenamente Fulvia.

La admiré, ¡qué diablos!; en medio de todo, la chica era valiente.

—Todo eso está muy bien, si es capaz de localizarnos —murmuré, mirando a la espesa bóveda de verdor que nos ocultaba el cielo.

—Los detectores…

—Los detectores nos localizarán, es cierto; ¿pero dónde aterrizará el aparato? Estoy seguro de que cien millas a la redonda no hay otro sitio llano suficiente grande para tomar tierra, si se exceptúa la playa.

Fulvia se mordió los labios. Creyó haber hallado solución.

—Da marcha atrás. Quizás así, el oruga…

—No; las cadenas están demasiado hundidas en barro para que sea eficaz el esfuerzo del motor en una u otra dirección. Solamente si saliéramos fuera aquí, con un cable y un par de poleas, tirando todos de su extremo y ayudados por el motor, podríamos hacer algo. No veo nada más que…

—¡Atención! —me interrumpió Dallo en aquel momento—. ¡Ahí vuelven!

—¡Agachaos! —grité, y con harta oportunidad, pues un enjambre de zumbadoras saetas cayó sobre vehículo.

Afortunadamente, no nos alcanzaron a ninguno de nosotros.

Antes de que pudieran recargar sus arcos, asomé cabeza y disparé en semicírculo. Una serie de verdosos estallidos me indicaron la efectividad de las descargas. Los atacantes desaparecían en masa. Retrocedieron de nuevo. Oímos gritos, proferidos en una lengua extraña, que más parecían ladridos de perros o cosa por el estilo, como si aquellos salvajes se animaran los unos a los otros para reanudar el ataque.

—Parece que nuestras desintegradoras les han inspirado un sano respeto —murmuré mirando indicador de carga de la mía.

Fruncí el ceño, porque lo vi muy bajo.

—¿Quién se ha encargado de los cartuchos de energía de repuesto?

La contestación, proveniente de los labios de Dallo, me dejó helado.

—Estaban en el otro oruga destrozado, Valthin.

Una oleada de cólera me subió a la cara. Sin poderme contener, me volví hacia el teniente, apostrofándole coléricamente.

—¿Por qué no lo dijiste antes, imbécil? ¿Es que no te das cuenta de que dentro de nada agotaremos el depósito de energía y nos quedaremos inermes? ¡Santo Dios! Fulvia, ¿qué idea te dio de encargar el equipo de la expedición a esta acémila que no piensa ni en su propia seguridad?

El rostro de Dallo se volvió del color de la púrpura.

—¡Miserable esclavo! —aulló, levantando su mano, con intención de fulminarme de un disparo—. ¿Acaso tengo yo la culpa de que el gigantesco saurio aplastara el obro vehículo?

—¡Quietos! —gritó Fulvia, interponiéndose—. ¡Quietos! —repitió—. Así no conseguiremos otra cosa que debilitar nuestras

propias fuerzas. Hemos de emplearlas en algo más útil que en luchar entre nosotros. Valthin tiene razón, pero ha debido expresar sus quejas en tono más moderado. Dallo, tú eras el encargado del material y debiste repasar a vehículo destrozado para ver qué había de aprovechable en él.

—Lo siento; los incidentes ocurridos…

—¡Ahí están de nuevo! —gritó Witorr.

Una flecha retiñó metálicamente al rebotar contra la parte delantera del oruga.

—Economizad los disparos —recomendé, y durante unos momentos aguantamos el chaparrón de saetazos.

Pero era evidente que aquello no podía continuar mucho tiempo. Los salvajes, viendo que sus disparos no eran contestados, acabarían por envalentarse, y entonces desencadenarían un feroz asalto contra nosotros. Ya eran demasiado perceptibles los musicales sonidos de las cuerdas de sus arcos al distenderse, lanzando una saeta. Y sus aullidos de guerra nos destrozaban los oídos.

—Deben de haberse reunido por lo menos un millar —refunfuñé, volatizando de un gatillazo a un tipo que se había acercado tanto que casi nos tocaba con la punta de la flecha.

Dos o tres más corrieron presurosos a esconderse entre la espesura, pero se convirtieron en humo al ser alcanzados por sendos disparos hechos por Witorr y Olaz.

De pronto, Dallo lanzó un brutal aullido. Una flecha acababa de atravesarle el hombro. Se dejó caer hacia atrás.

—Vigila tú —dije a Fulvia, y me incliné sobre el herido.

En circunstancias normales, aquella herida no hubiera tenido gran importancia, pero las flechas de aquellos individuos no eran normales, y así, la sangre se escapaba a raudales por los dos orificios, el de entrada y el de salida.

Con dos hábiles movimientos, corté ambos extremos del palo emplumado, tirando luego del muñón que había quedado. Un arroyo de sangre brotó de la herida.

Busqué frenéticamente en el botiquín y pronto hallé lo necesario: un tubo de boca larga y plana, que destapé. Lo oprimí y una gruesa película de celulina salió, extendiéndose sobre el sangriento orificio. La hemorragia quedó cortada instantáneamente

por aquel lado y luego repetí la operación en el opuesto. Dallo lanzó un suspiro de alivio y se desmayó.

Esto no dejó de alegrarme; así no tendría que ocuparme de él. Volví a mi puesto, al lado de Fulvia.

Nuestras miradas se cruzaron durante unos segundos. Estuve a punto de decir algo, pero me contuve, recordando mi condición, a pesar de la postura en que nos hallábamos. No, yo seguía siendo un vil esclavo y no había nada por el momento que pudiera modificar tal cualidad.

Los aullidos y los flechazos continuaban de moda incesante. De vez en cuando, lográbamos desintegrar un atacante, pero era una gota de agua en el mar. Otros ocupaban su puesto al momento.

Súbitamente, Fulvia lanzó un grito. Me enseño el tablero de instrumentos del vehículo.

—¡Mira, Valthin! —me indicó.

Una lamparita roja titilaba rápidamente.

—Nos han localizado —dijo exultante de alegría y yo lamenté echar un jarro de agua helada sobre sus ilusiones.

—Nos han encontrado, sí: pero ya me dirás de qué forma pueden socorrernos aquí.

Fulvia palideció al considerar lo acertado de la aseveración. Abrió la boca para contestarme algo pero no tuvo tiempo.

Olaz, el hombre rojo, lanzó un grito de alarma.

—¡Ya vienen!

Un fenomenal coro de espantosos alaridos nos abrumó con su fragor. Cientos de salvajes se nos echaban encima, blandiendo amenazadores sus arcos unos, agitando unas cachiporras otros. Era evidente que la lucha tocaba ya a su fin.

Me puse en pie, desafiando el peligro de un flechazo y disparé frenéticamente mi desintegrante Un ancho claro se abrió ante mí. La reacción detuvo un momento a los atacantes, pero casi en el acto reanudaron su carrera interrumpida, Ahora no disparaban flechas, se limitaban a mover amenazadora mente sus armas.

De pronto noté que la pistola se me había descargado. Una maldición, se escapó de mis labios.

—¡Jan, Jan! —gritó Fulvia repentinamente.

Me volví y la sangré se me heló en las venas. Un fornido salvaje la había tomado en sus brazos y se alejaba con ella. Fulvia se

agitaba frenéticamente, tratando de escapar de aquélla, bestia con dos patas, pero todos sus intentos eran vanos.

Loco de furia, olvidando de todo cuanto no fuere mi ama, salté del oruga. Un salvaje se me echó encima, blandiendo una enorme cachiporra. Le curvé el espinazo de una feroz patada y me así con ambas manos a su muñeca. Un violento tirón y aquellos huesos crujieron. La cachiporra pasó a mi poder.

Durante unos momentos pude mantenerme en pie, en medio de un círculo de cuerpos tendidos en torno mío, todos ellos abatidos por aquella primitiva arma. Pero no tardé en darme cuenta de que el cansancio sería un enemigo más con el que contar.

Ellos también lo advirtieron y redoblaron sus ataques. Cosa rara, había muchos con arcos y flechas, pero ninguno intentó dispararlas. Al parecer, nos querían vivos. ¿Para qué?

Alguien, seguramente un jefazo, gritó como acuciando a los salvajes. Entonces, éstos, obedeciendo las órdenes recibidas, se arrojaron de golpe sobre mí.

Aún luché un poco con aquel turbión de cuerpos aullantes y gesticulantes que me envolvía. Pero eran demasiados y así no tardé en ser reducido a la impotencia. Pude disparar una vez el pie, pero un montón de manos me asieron por todas partes del cuerpo y me izaron a lo alto.

Vi que con mis compañeros ocurría lo mismo. Aquellos bárbaros echaron a correr con un trotecillo sostenido, internándose cada vez más en la selva, corriendo por caminos solamente de ellos conocidos.

De haber sido mujer, habría tenido sin duda motivos sobrados para echarme a llorar. Pues desprovistos de nuestro armamento, vestidos apenas con unos harapos, era evidente que los detectores no podrían localizarnos y que los ocupantes, tanto de la nave auxiliar como de la principal, acabarían por darnos como perdidos. Y no me gustaba en absoluto el aspecto de aquellos individuos.

Su aspecto, en general, era humano. Lo que no puedo asegurar si eran pre o *post*. Me explicaré.

Todos, para sobrevivir en un mundo lleno de peligros como aquél, eran fornidos, increíblemente robustos. Pero tenían los brazos y las piernas cortas y estevadas. Los ojos, diminutos, estaban en el fondo de sus órbitas, muy hundidas en el cráneo; la frente era

estrechísima, apenas un dedo; la nariz les faltaba casi por completo, y podía decirse que sólo tenían los dos orificios indispensables para la respiración; eran muy velludos, con largos pelos de color rojizo y, finalmente, tenían una boca ancha, de gruesos labios y dientes y colmillos aguzadísimos. ¿Pertenecían a alguna raza prehumana? ¿O acaso eran el resultado de una degeneración causada por, digamos, efectos radiactivos?

No lo sé; el caso es que como digo, su aspecto tenía muy poco de agradable y sus intenciones, menos aún.

Ahora ya, conseguidos sus propósitos, que eran, cuando menos los de capturarnos, guardaban un absoluto silencio, cortado únicamente por algún que otro inarticulado grito, a modo de orden o mandato. Era increíble la resistencia de aquellos individuos; parecían no cansarse jamás.

Mis compañeros y yo, y supongo que también Fulvia, continuábamos suspendidos sobre las cabezas de aquellos tipos, cuyo trotar no se modificaba nunca. Así continuamos por espacio de un tiempo que no puedo precisar, pero larguísimo, sin duda alguna.

El Sol que alumbraba aquel planeta se extinguió y vino la noche. Entonces, las bestias del bosque comenzaron a revivir, pero parecían como atemorizadas por la formidable procesión de aquellos salvajes; ninguna se sintió capaz de atacarlos.

Por otra parte, la ausencia de luz no les afectó lo más mínimo; continuaron caminando como si gozaran de la facultad de ser nictálopes, seguros, sin desviarse un ápice del camino que se habían trazado.

Ya empezaba a desesperarme cuando, de pronto, mis ojos percibieron un vago resplandor. Varias chispas de luz rojiza fulguraron a lo lejos.

—Las hogueras de su campamento —murmuré para mis adentros, y no me equivocaba.

Los salvajes aceleraron aún más el paso. La iluminación se hizo más intensa y, de pronto, nos hallamos en un enorme claro de la selva, rodeado todo él por multitud de cabañas de barro seco, con tejados de fibras vegetales entrelazadas. Aquello, el fuego y los arcos y flechas; me indicaron que los salvajes estaban empezando a evolucionar hacia la civilización. Pero ¿cuántos miles de años les separaban aún de la nuestra? O, por el contrario, ¿no serían los

restos de un pueblo que estaba degenerándose poco a poco y que un día se sumiría en la definitiva barbarie de los animales silvestres?

En el centro del calvero había una a modo de excavación, en cuyo centro había una hoguera mayor que las demás. Las paredes del hoyo, bastante grandes, eran verticales por completo, de unos seis o siete metros de profundidad y para descender hasta su fondo había varias escaleras de troncos delgados, entrelazados con lianas. Nuestros captores bajaron con su carga —nosotros—, y sin cumplidos de ninguna clase, nos arrojaron al suelo.

Uno de aquellos tipos, más fuerte y más alto eme los demás, nos señaló con el dedo un hueco abierto en la pared. Dos o tres nos empujaron con sus cachiporras y la orden así dada resultó fácil de entender.

Ayudé a Dallo a caminar, pues el teniente se encontraba muy débil tanto por la pérdida de sangre como por la paliza que había sido la fenomenal caminata. Una vez en el interior de aquella vivienda excavada en la roca, nos dejamos caer al suelo, exhaustos, rendidos, agotadas por completo nuestras energías.

Durante un buen rato permanecimos en silencio, tratando de recuperar fuerzas. Después, yo conseguí levantarme.

Caminé hasta la entrada. Un salvaje me cerró el paso, distendiendo significativamente la cuerda de su arco y enseñando unos dientes que me causaron escalofríos. Sin pronunciar palabra, me retiré de nuevo al interior.

—¿Qué harán con nosotros ahora? —preguntó Olaz.

Me encogí de hombros. Más que por mí, estaba preocupado por Fulvia, cuyo destino no dejaba de inspirarme terror cada vez que pensaba en ella. ¿Cuáles eran las intenciones de aquellos bárbaros con respecto a Fulvia?

—Por lo menos debían darnos algo de comer gruñó Witorr.

Lo miré, a la escasa luz que penetraba, procedente de la hoguera, por la boca de la cueva.

—Yo no tengo apetito —murmuré, pensando en el hedor que despedían los cuerpos de nuestros captores. Witorr se echó a reír, adivinándome el pensamiento.

—Yo no soy tan remilgado, Valthin. ¡Mira!, parece como, si me hubieran oído.

Un par de mujeres, hembras estaría mejor dicho, penetraron allí

con sendos cuencos llenos de una substancia de consistencia siruposa, parecida a un caldo muy espeso. Witorr sacó la trompa que le servía para alimentarse, del centro de su esférico cuerpo, y la probó.

—¡Mmmm…! Pues está estupenda. La vista es asco, por supuesto; pero el sabor, sobre todo cuando se tiene hambre, es riquísimo.

Haciendo de tripas corazón, me arriesgué a probar aquella inmunda bazofia. No sabía que iban a hacer aquellos tipos con nosotros; tampoco sabía nada de Fulvia; pero si, en cambio, sabía que por salvar mi vida y la suya sería capaz de cualquier cosa. Y no podría intentar nada, si carecía de fuerzas, cosa que sólo la comida podría proporcionarme.

Witorr tenía razón; no sabía tan mal como parecía. Despaché mi plato, ayudé al debilitado Dallo a tomarse el suyo, y luego, sintiendo sobre mí un infinito cansancio, me dejé caer en el suelo.

El sueño me derrotó por completo, cerrando a piedra y lodo mis párpados. No me desperté hasta que ya era de día.

CAPÍTULO VII

o sé el tiempo que dormí. Tampoco sé cuánto duraba el periodo de obscuridad e aquel mundo. Lo único que recuerdo es que la luz del día me despertó y que, pese a la dureza del lecho, el sueño había aliviado notablemente las fatigas del día anterior. Me senté en el suelo.

Dallo me miró. Lo vi pálido, pero también bastante repuesto. Sin embargo, la herida, aun no siendo mortal, le había causado bastante daño.

Los otros dos se encontraban bien.

¿Y Fulvia? Éste fue el pensamiento que me atenazó el corazón, ¿cuál habría sido su suerte? ¿Qué horrible destino la esperaba en manos de aquellos semihombres?

No pude seguir haciéndome más preguntas, Un tipo entró en la cueva y nos ordenó salir fuera con gestos expresivos, acompañados de unos cuantos ladridos. Ayudé a Dallo a ponerse en pie y obedecimos.

Mi vista captó enseguida lo desagradable de nuestra situación. Y lo malo era que no podíamos hacer nada por aliviarla.

El anfiteatro estaba totalmente rodeado de salvajes, que contemplaban con curiosidad el espectáculo que les estábamos ofreciendo. En el fondo y junto a nosotros, había un nutrido pelotón armado solamente de cachiporras, impidiéndonos todo conato de huida. Las escaleras no habían sido quitadas, pero, aun cuando hubiéramos conseguido ganarlas, era evidente que los de arriba nos habrían destrozado en pocos momentos. Luego, mi vista se fijó en algo que me puso los pelos de punta.

Era un poste vertical, clavado profundamente en el suelo, en el centro del anfiteatro, de medio metro de grosor, rematado por toscas esculturas, los «totems» sin duda de aquella banda de brutos. En su base y hasta la altura de un hombre, había unas manchas obscuras, acerca de cuyo siniestro significado no me cupo la menor duda.

Me estremecí. El jefazo de aquellos bestias dio una orden gutural y cuatro o cinco bárbaros se arrojaron sobre Dallo. Éste comprendió la horrible muerte que le estaba reservada y aulló, debatiéndose ferozmente.

Pero era poco menos que una pluma en manos de sus captores. En un santiamén quedó sólidamente sujeto al poste. Y en el acto, una extraña melopea se elevó de aquellas infrahumanas gargantas.

Los salvajes que estaban en la parte superior: comenzaron a bailar una salvaje danza, con la cual empañaban el ritmo de la monótona canción. En calidad, no era una danza, sino una especia de acompasado vaivén, moviendo al mismo tiempo los pies, con los cuales golpeaban la tierra, produciendo un sordo y fúnebre acompañamiento.

El ruido, porque no puede calificársele de otro modo, duró un buen rato. De pronto, se hizo el silencio, un silencio más doloroso porque era total prediciendo algo espeluznante. Dallo se debatía de sus ligaduras, pero todos sus esfuerzos eran inútiles; y en cuanto a nosotros, rodeados espesamente de salvajes, no podíamos ni soñar en ayudarle.

El silencio duró un interminable minuto al cabo del cual el jefe de la tribu se acercó al prisionero Llevaba una pesada maza en la mano.

Los ojos de Dallo se dilataron enormemente. Abrió la boca para gritar.

Pero no pudo hacerlo. Manejada la cachiporra con suprema habilidad y terrible fuerza, cayó sobre su cráneo. Los huesos crujieron horriblemente. El cuerpo de Dallo se aflojó.

Un torrente de sangre corrió por su desnudo pecho. Aquello fue la señal para que el infierno se desencadenara, un infierno de gritos y alaridos de un supremo salvajismo.

Como movidos por un mismo resorte, todos los bárbaros que estaban en el fondo de la hoya, se lanzaron hacia el cadáver de Dallo. Un par de ellos lo desataron y luego aquel cuerpo desapareció en medio de un maremágnum de brazos y piernas que se agitaban gesticulantes, disputándose la humana presa con la ferocidad de fieras hambrientas.

Mi estómago se sublevó ante aquel horrible espectáculo. Los salvajes de la parte superior gritaban enloquecidos, como si reclamasen su parte en el macabro festín. ¡Yo vi que aquéllos que estaban devorando al teniente debían de ser sin duda los privilegiados de la tribu! Nosotros iríamos después para los que esperaban arriba.

Un salvaje salió del grupo, con una sanguinolenta piltrafa en manos y dientes, devorándola con ansia. Sus ojos brillaban desorbitados, indicando en aquella fiera un estado próximo, a la locura. Los gritos inarticulados herían constantemente el aire.

Aquella nauseabunda escena duró un tiempo que a mí se me hizo infinito. Tuve la mala suerte de conservar el conocimiento y, aunque mi estómago hizo esfuerzos inauditos, no devolví nada de cuanto había en su interior. En cambio, Olaz arrojó la primera papilla.

¿Cuánto tiempo pasó hasta que aquellos salvajes se dieron por satisfechos? No lo sé; lo único que recuerdo de aquella visión de pesadilla es que, de pronto, el grupo se aclaró, dejando en su centro un enorme manchón rojo, sobre el cual se veía un esqueleto completamente mondo. El suelo vaciló bajo mis pies.

El primer grupo de salvajes, todavía manchados de rojo sus rostros, fue relevado por otros, cuyas febriles pupilas denotaban bien a las claras el ansia antropófaga que les consumía. Me pasé la lengua por los resecos labios.

—Bueno, muchachos —dije—; creo que ahora nos ha llegado el turno a nosotros.

—Por lo menos, la muerte es rápida comentó Olaz impasible. —Pero ¡qué asco! ¡Acabar en los estómagos de estas fieras!

—Desde luego es un destino poco agradable; pero no tenemos posibilidades de elección.

—Me gustaría darles unas cuantas lecciones de cocina, Creo que mi sabor sería más agradable, convenientemente guisado.

—Si —concedí, continuando el macabro humor de mi rojo compañero—; guisado, y con unas hierbas en la boca, estaríamos la mar de suculentos.

Hubo un nuevo conciliábulo entre aquellas fieras, en tanto nosotros hablábamos. Luego, media docena de ellos se arrojaron sobre mí.

No intenté luchar siquiera; ¿para qué oponerse a lo inevitable? Varias manos me ataron al poste y el fétido aliento de aquellos semihombres me abofeteó el rostro. En medio de todo, tenía el triste consuelo de que la muerte no sería dolorosa. Un golpe bien dado y…

Por segunda vez, el coro entonó la canción de muerte. El Sol brillaba esplendorosamente en lo alto, alumbrando indiferente aquel espectáculo de muerte y barbarie. Dentro de poco sería un cadáver y unos minutos más adelante, no quedaría de nada más que un esqueleto, bien limpio por cierto. Pero no era mi destino el que me preocupaba, sino el de Fulvia.

Absorto en mis tristes pensamientos, no me di cuenta de que la canción había concluido y de que un silencio sepulcral reinaba en aquel anfiteatro. Miré en dirección a mis compañeros, tratando de no hacerlo en la de la bestia que se me aproximaba lentamente, empuñando su maza.

Olaz me gastó la última broma.

—¡Hasta dentro de unos minutos, Valthin! ¡Procura no serles indigesto!

—Me gustaría causarles una buena úlcera de estómago, pero estos tipos tienen cara de digerir las piedras-grité y ya no dije más. La cachiporra se alzaba delante de mis ojos, dispuesta a asestarme el golpe mortal.

Mis párpados cayeron instintivamente. Aguardé, expectante, el

último dolor. Sentiría un tremendo estallido en mi cabeza y luego todo se esfumaría ante mí.

El tiempo se me hizo angustiosamente largo. ¿Por qué tardaba tanto aquel tipo en descargar su golpe asesino? ¿Qué era lo que le retrasaba? ¿Acaso estaba gozando, en su salvaje conciencia, con mis padecimientos morales?

La curiosidad pudo más que todo y abrí los ojos. De no estar atado, hubiera dado un salto de sorpresa al ver el inusitado espectáculo que se me estaba ofreciendo.

Todos los salvajes estaban arrodillados, con la cabeza humillada en el polvo, orientados todos hacia un mismo punto. Su aspecto era el de una total y abyecta humillación. Y Olaz y Witorr estaban tan estupefactos como yo.

Busqué con la vista el origen de aquella interrupción. No tardé en hallarla.

En el borde del anfiteatro, erguido, rígido, había un hombre, de cuya boca salía un chorro de guturales sonidos, cuyo tono no era amistoso precisamente. Estoy seguro de que les estaba poniendo como chupa de dómine y los tipos aguantaban sin chistar tan siquiera.

El nombre era alto, de elevada estatura y todo él, a pesar de la harapienta túnica que le cubría, respiraba dignidad y orgullo. Debía de tener muchos años a juzgar por las largas barbas, blanquísimas, que le llegaban hasta el pecho y las arrugas que se le divisaban en la parte del rostro desprovista de vello. Sus ojos arrojaban rayos de lo que a mí con razón, me pareció justísima cólera.

Calló un momento y el tipo de la cachiporra se puso en pie. Se me acercó, sin osar alzar sus ojos hasta los míos y me desató. Me froté las manos y, no pudiendo contenerme, le aticé un soberano puntapié que lo hizo rodar media docena de metros al menos. El salvaje no protestó siquiera.

—¡Esto por Dallo, maldito! —exclamé sin poderme contener.

—¡Muy bien, Valthin! —gritó Olaz—. Aguarda, que ahora me toca a mí.

—¡Quietos! —gritó de pronto el hombre de las barbas—: ¡No hagáis nada!

Olaz y Witorr lo miraron estupefactos porque no comprendían sus palabras, a pesar de que no estaban dichas en el gutural

lenguaje de aquellos simios. Pero yo sí y un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

Tenía razón para asombrarme de las palabras pronunciadas por el hombre de las barbas, por la sencilla razón de que habían sido pronunciadas en un lenguaje odiado y proscrito en la Galaxia: en el lenguaje que antaño hablaron los humanos-T. Sería más correcto añadir, en uno de sus varios idiomas, pero éste es un detalle accesorio y que no afecta en absoluto a la narración.

—¡Venid aquí! —nos ordenó el viejo.

—¿Qué demonios dice esa antigualla? —me preguntó Olaz intrigadísimo.

—Que subamos arriba —traduje.

—¿En qué idioma habla?

—En uno que está proscrito en la Galaxia; en uno de los que usamos los humanos-T.

Olaz escupió. Me encogí de hombros, ya que no era aquel momento para discutir.

—Bueno, allá tú sí te quieres quedar, por mi parte, creo que no estás en situación, de andarte con remilgos.

Olaz farfulló algo ininteligible, pero consideró que era mucho mejor estar vivo, aun debiéndole el pellejo a uno de mi raza, que no sirviendo de alimento natural a aquéllos, antropófagos. Arreó unos cuantos puntapiés, que no tuvieron respuesta, a guisa de desahogo y, siguiéndome, trepó por una de las escalas.

Nos plantamos delante del tipo, lo estudié detenidamente y percibí enseguida el magnético influjo de su mirada.

—¿Quién eres tú y qué haces en este pueblo de salvajes? —inquirí.

—Esas preguntas tendrán su respuesta en el momento debido —dijo, y dio media vuelta—. ¡Seguidme!

La cabeza me hervía. Mas, a pesar de todo, quedaba lugar para una cosa.

—¡Aguarda un segundo! ¡Quiero hacerte una pregunta! ¿Dónde está…?

—Ya te he dicho-me repuso sin volverse, emprendiendo la marcha —que todo llegará. ¡Vamos, no os quedéis ahí como pasmarotes!

Renegando interiormente a causa de mi insatisfecha curiosidad,

le seguí, emparejado con mis compañeros de cautiverio. Los salvajes habían abierto ancha calle para que pudiéramos pasar y continuaban con la frente hundida en el suelo. Olaz sacudió unas, cuantas patadas más, sin obtener respuesta.

Atravesamos el círculo de chozas y nos encaminamos a la selva. El individuo aquel podía ser viejo, pero caminaba con una agilidad y una velocidad sorprendentes, costándonos mucho seguirle. Yo no veía otra cosa que selva, una selva impenetrable y siniestra; pero él caminaba con la seguridad de quien conoce un camino que ha recorrido millares de veces.

Afortunadamente, nuestra caminata no fue muy larga. Diez minutos más tarde salimos a otro claro de la jungla, por el cual discurría un fresco y transparente arroyuelo. Enfrente de nosotros se veía un muro de unos cincuenta o sesenta metros de altura completamente perpendicular al suelo, en cuya base se divisaba la entrada de una gruta.

Da pronto, un pavoroso rugido hizo temblar la atmósfera. El suelo también tembló.

Se oyó el ruido de plantas y árboles al ser tronchados, y la repelente cabeza de un gigantosaurus apareció entre la espesura. Un momento permanecimos estupefactos, pero enseguida me rehíce.

—¡A la cueva, pronto! —grité y di el ejemplo.

El viejo nos contuvo.

—¡Quietos! Ese animal no os hará el menor daño si yo no se lo ordeno.

Me quedé de piedra. Tuve trabajo en encontrar las palabras precisas.

¡Pe… pero…!, ¿quién eres tú y qué haces aquí?

El monstruo había asomado ya la mitad de su cuerpo. El viejo se encaró con él y le ladró algo ininteligible para nosotros. La fiera dio media vuelta y se alejó trotando con la misma mansedumbre que un perro faldero.

—Seguidme —ordenó de nuevo aquel incomprensible anciano.

En un minuto más estuvimos en su «casa».

Estudié con curiosidad el interior de la cueva. Ésta denotaba en todos sus toscos detalles la superior inteligencia de aquel estrambótico individuo, cuya oportunísima aparición nos había salvado la vida de modo harto indudable. Trasteó en ella unos

momentos y luego nos ofreció unos cuencos de barro, con trozos de carne fría, pero de apetitoso aspecto.

—Podéis comer sin reparos —dijo sonriendo—. Ah, tú no puedes tomar otra clase de comida que líquidos —y alargó a Witorr una vasija con algo en su interior.

—Seguramente —habló el anciano— estaréis locos por saber quién soy yo y qué hago aquí, ¿verdad?

—Curiosidad es una palabra pobre para expresar lo que siento. Pero, ante todo, ¿cómo te llamas? Mi nombre es Jan Valthin. Éste es Olaz y el otro Witorr.

—Me llamo Makafry —repuso el anciano, sentándose en una especie de escabel— y ya hace muchos años que vivo aquí, en compañía, de esos salvajes.

—¿Y no te han entrado nunca ganas de largarte, Makafry?

Movió la cabeza con desdén.

—¿Para qué? —murmuró—. He vivido en otros mundos, donde todo era odio intrigas, envidia y ambición. Me cansé de ello un día y me marché solo, buscando la paz en un planeta remoto e ignorado como éste, y a fe que lo he conseguido.

—Pues yo no veo que aquí haya paz y tranquilidad. Esos bestias devoraron a uno de mis compañeros. ¿O es que no lo has visto, Makafry?

El viejo meneó la cabeza con pesadumbre.

—Vuestro compañero —dijo— tuvo mala suerte. He estado ausente durante varios días de este lugar a mi vuelta me encontré con el espectáculo que, afortunadamente, pude detener a tiempo.

—A lo que parece —juzgué—, te consideran como una especie de deidad protectora o algo por el estilo, ¿no es así?

—Cierto; y obedecen mis menores órdenes.

—Pero sólo cuando estás delante. Si no llegas a venir, ahora estarían esos brutos elogiando o echando pestes de mi carne —renegué.

—La culpa fue mía —se lamentó el viejo—. No debí nunca haberlos dejado solos.

—En fin, la cosa ya no tiene remedio. Dime, Makafry, ¿cómo conseguiste adueñarte de sus voluntades?

—Me vieron bajar del cielo y me tomaron por un dios. Luego, con mis superiores conocimientos, les enseñé muchas cosas…

—… menos a desprenderse de sus hábitos de antropofagia.

—Te repito que ésta ha sido una ocasión excepcional. Valthin. Ahora les castigaré y puedo asegurarte que, aunque yo no esté delante, no lo volverán a repetir.

—Me hubiera gustado que Dallo estuviera delante para oírte —rezongué, muy molesto—. Pero sigue por favor.

—Tengo muy poco más que contar. Cuando yo llegué, su estado era aun infinitamente más salvaje que el que tú conoces. Eran, sí antropófagos, acaso más por necesidad que por vicio, pero yo logré desterrar tan perniciosa costumbre. Repito que lo de hoy ha sido una excepción. Bien, continuaré diciendo que les enseñé el uso del fuego, que no conocían, y muchas cosas más, entre ellas, los arcos y las flechas que habéis tenido ocasión de conocer.

—Esas armas son para la caza, ¿no?

—Por supuesto, Valthin.

—Entonces ¿cómo se explica su desusado tamaño? No pueden herir a los gigantosaurios ni en sueños y para derribar un venado o cosa por el estilo no es preciso una flecha de metro y medio con la punta aserrada.

El viejo palideció debajo de su coriácea epidermis.

—¿Qué es lo que has dicho, Valthin?

—Ya lo oíste, Makafry. Arcos de dos metros y flechas de uno y medio.

—Oh… —exclamó con pesadumbre—. Ya ha llegado lo que yo me temía.

—Algún rebelde con inteligencia, ¿verdad?

Makafry asintió.

—Sí, Kroar, el nuevo jefe de la tribu. Lo elegí precisamente, por su mayor grado de inteligencia y… Estoy seguro de que han fabricado esas armas en mi ausencia o a escondidas mías. Hay otra tribu a cuatro semanas de distancia y seguramente estarán pensando en emprender una expedición guerrera contra ellos.

—Pues, como no lo evites, veo la cosa muy mal. Lo que me extraña es que hasta ahora te hayan respetado, Makafry.

—Aún les dura la primera impresión —murmuro el viejo para sí—. Pero, si me desobedecen, tengo una poderosa arma contra ellos.

—¿Cuál, Makafry?

—El gigantosaurio. Se lo arrojaré encima y…

—Por cierto, ¿cómo diablos has conseguido que obedezca esa fiera de seis patas?

Una débil sonrisa apareció en el rostro del anciano.

—Lo crié desde su nacimiento, hace al menos treinta años. Salió de un huevo de metro y medio, ¿sabes?

—¡Hum! No está mal. Desde luego se traga a los hombres como si fueran hormigas ¡Vaya un animal! Otra pregunta.

—Di, Valthin.

—Tú hablas mi lengua. No me refiero la lengua franca de la Galaxia, sino a la de los hombres de ni raza. ¿Acaso lo eres?

El viejo asintió.

—Sí, también yo soy un humano-T, Valthin.

—¿Y no te dio nunca por buscar nuestro planeta origen?

Makafry se encogió de hombros.

—¿Para qué? Estoy bien aquí; soy hombre sin ambiciones y mis necesidades más perentorias están cubiertas. ¿Por qué molestarme en vagar por los espacios en busca de una quimera?

—¿Le consideras tú así, Makafry?

—A ti te gustaría hallarlo, ¿verdad?

Asentí en silencio. El viejo se levantó y buscó Algo en un hueco de la pared. Me lo entregó.

—Guárdalo con mucho cuidado, Valthin. Esto puede ser…

Se interrumpió porque hasta nosotros llegaba fenomenal griterío. No lo había oído muchas veces pero lo conocía de sobra.

—¡Son tus salvajes, Makafry! —grité—. Se han sublevado.

El viejo lo entendió en un instante. Se puso pie.

—¡Venid, seguidme! Os voy a enseñar el camino de vuestra salvación.

Makafry corrió hacia el fondo de su cueva. Tocó un punto determinado de la pared, y un lienzo entero de ésta empezó a girar, dejando ver la negra boca de un túnel.

CAPÍTULO VIII



l trozo de roca se cerró a espaldas nuestras, sumiéndonos en la más absoluta obscuridad. El griterío de los salvajes se desvaneció por completo.

Vacilé yo y vacilaron mis compañeros. Makafry se dio cuenta de nuestras dudas.

—¡No temáis en modo alguno —dijo—; os llevo hasta vuestra salvación!

De pronto recordé algo que me había olvidado de preguntar antes al viejo.

—Los hombres de Kroar apresaron una mujer de aspecto humano. ¿La has visto tú, Makafry? Porque ni en sueños pienso marcharme de aquí sin ella.

—Te repito que no tienes nada que temer, Valthin. Continuad andando.

—No se ve nada; las tinieblas son muy espesas —objeté.

—Es igual; guíate con las manos extendidas. El camino es liso en

absoluto.

Hice lo que me decían y luego eché a andar, no sin las necesarias precauciones. Durante un buen rato continuamos marchando en plena obscuridad luego, vimos a lo lejos un débil rayo de luz, lo cual nos indicó la proximidad del fin de aquel túnel.

Aquello nos acicateó y en pocos minutos estuvimos en la boca de la sima. Unos momentos tuve los ojos cerrados, para acostumbrarlos a la violenta luz que había en aquel lugar y cuando me creí con las fuerzas suficientes, los abrí.

Ahogué una exclamación de asombro. Y mis compañeros hicieron lo mismo. Teníamos motivos más que de sobra para hacerlo.

Nos hallábamos en el borde de un enorme cráter, de unos trescientos metros de diámetro, cuyas paredes medirían unos cien de altura. En su centro había algo que nos llenó de estupor y cuya existencia jamás habíamos soñado con sospechar siquiera.

Esbelta, afilada como un huso, reluciente como el día en que fue terminada había una astronave, colocada en vertical posición de despegue. Se hallaba en el centro del cráter, a unos ciento cincuenta metros de nosotros y en uno de sus flancos sobresalían los metálicos peldaños de la escalera de acceso, por carecer del puente de enlace que hay en todos los astropuertos. Era de pequeño tamaño, únicamente para viajes de tipo planetario, pero más que suficiente, si tenía combustible para huir de aquel maldito mundo en busca de otro más acogedor.

Me volví hacia Makafry.

—Todo eso es estupendo, pero, dime: ¿dónde está la mujer?

El viejo sonrió de un modo enigmático.

—No te preocupes por ella. ¡Vamos, estamos perdiendo un tiempo precioso!

Pero no habíamos dado todavía un paso, cuando un aullido horroroso nos hizo estremecer de pies a cabeza. El borde del cráter se pobló de cientos de salvajes, cuyas asesinas intenciones estaban bien a la vista.

El declive de las paredes era muy suave, y permitía un fácil descenso. Empezaron a bajar hacia nosotros, al mismo tiempo que las primeras flechas zumbaban siniestramente en nuestros oídos.

Olaz y Witorr no aguardaron siquiera al segundo flechazo;

echaron a correr hacia la astronave, imprimiendo a sus extremidades inferiores una velocidad digna de un campeonato. Yo les imité y Makafry no se quedó a la zaga.

—Por lo visto —le dije entre dos jadeos— esos brutos se han cansado ya de ti, Makafry.

—He perdido miserablemente el tiempo —se lamentó el viejo. Kroar me ganó la partida.

—Pues, como no nos demos prisa, vamos a acabar convertidos en chuletas ¡Vivo, Makafry!

En un tiempo excepcionalmente breve, llegamos la base de la nave. Olaz y Witorr estaban ya trepando, muy cerca de la escotilla de entrada. Cedí mi paso al viejo, pero éste se negó.

—No, Valthin, tú primero.

—Pero…

—¡Arriba, he dicho! —Y sus manos, débiles en apariencia, pero aún con una fuerza de hierro, me empujaron irremisiblemente.

Detrás de mí trepó Makafry. Y mientras lo hacía, sus labios emitían un ronco grito, cuyo significado no pude comprender de momento. Ni tampoco me preocupé mucho, sobre todo sintiendo cómo rebotaban las flechas en torno nuestro.

Gané la escotilla y me volví, inclinándome. Alargué la mano para ayudarle a trepar los últimos escalones, pero en aquel momento la aserrada punta de una flecha asomó por su pecho.

El rostro de Makafry se contorsionó a causa del dolor. ¡Soltó mi mano, pero pude asírsela de nuevo!, antes de que se desplomara hacia abajo.

—¡No…! Balbució escupiendo sangre. —Déjame… Valthin… Yo ya estoy listo… No pierdas… eso que te di… Te ayudará mu…

Calló bruscamente. Vi que aquel hombre no tenía salvación y lo solté.

Makafry cayó, volteando. Se estrelló contra el suelo, quedando con piernas y brazos formando una trágica equis. Los salvajes arreciaron en sus gritos de júbilo y en sus flechazos.

Una mano me tomó por el hombro. Era la de Olaz.

—¡Adentro, Valthin! Si te hieren, nadie podrá pilotar la nave.

Vacilé unos momentos. Entonces fue cuando oí un horrible trompeteo que ya conocíamos muy bien. Aquel bramido me explicó el porqué de los gritos de Makafry cuando subíamos.

Los salvajes también lo oyeron y cesaron en su jolgorio. Los vi palidecer, desde cincuenta metros de altura y vi también que sus caras miraban hacia un lado del grandioso cráter. Alguno echó a correr.

El gigantosaurio llegaba, en contestación a la llamada de Makafry; pero, en lo que se refería a éste, demasiado tarde. Sin embargo, entonces ya no estaba el viejo para contenerlo. Ni aun viviendo hubiera deseado yo que hiciera tal cosa. Dallo era un enemigo mío, pero su horrible muerte merecía la más atroz de las venganzas.

La apocalíptica bestia irrumpió en el cráter con la velocidad de un caballo al galope, pese a su colosal tamaño. Los salvajes dieron media vuelta y huyeron.

Trataron de escalar la pared opuesta, pero eran demasiado lentos para la rapidez de la fiera, a medida que ganaba terreno, movía la cabeza arriba y abajo y cada vez que sus fauces se hallaban próximas al suelo un antropófago desaparecía.

Los que no eran devorados por el gigantosaurio resultaban aplastados por sus fenomenales zarpas. El enorme animal dejó tras sí un rastro de cuerpos reducidos a una lámina sangrienta y de paso se dio un gran banquete. Contemplé el espectáculo como hipnotizado, sin poder separar mis ojos de la morbosa escena.

De nuevo sentí una mano en el hombro.

—¡Vamos, Valthin! ¿A qué esperas?

En el primer momento, no caí en la cuenta de quién me hablaba, atraído por completo por aquel espectáculo. El gigantosaurio quedó bien pronto dueño del campo y lanzó un horrible rugido, abriendo sus fauces, llenas de roja sangre.

—¡Valthin! ¡Nos va a atacar!

Me di cuenta de que en efecto, la bestia, desaparecido el benéfico influjo que sobre ella había ejercido Makafry, nos miraba ahora con ojos que carecían por completo de todo sentido amistoso. Pero, más que mirarnos a nosotros miraba a la nave, considerándola como un enemigo de nueva liga.

Advirtiendo que antes de treinta segundos cargaría sobre nosotros, me eché hacia atrás y cerré de un seco golpe la escotilla Luego me volví y…

—¡Fulvia!

Ella me sonrió de una manera particularmente encantadora. Inconscientemente alargué mis manos para estrechar las suyas, pero de pronto recordé mi abyecta condición.

—Te ruego mil perdones por la familiaridad que me he tomado contigo, señora. Date cuenta, sin embargo, que te consideraba perdida. Estimo tu salvación como un milagro.

Ella quedó un tanto decepcionada ante mi actitud. Pero se repuso al instante.

—No hubo tal, Valthin, sino… vamos, ya hablaremos más tarde; ahora lo más urgente es despegar de aquí.

Corrimos hacia la cámara de controles, en la cual se hallaban ya mis compañeros sujetos a las literas antichoque. Esto me demostró la venerable antigüedad de la nave, pero también me hizo ver la maestría de sus constructores que habían fabricado un artefacto que había desafiado impunemente el paso de los tiempos.

Me senté en el puesto del piloto y Fulvia al lado. Mis manos volaron aceleradamente, moviendo controles. Cuando todo estuvo dispuesto, hice que mi asiento se transformara en una litera. Acerqué a mi pecho el mando de despegue.

—¡No hay tiempo para contar! —dije.

En aquel momento, la nave se estremeció. El monstruo, según advertimos por visión periscópica había cargado contra nosotros.

El aparato se tambaleó ostensiblemente. Sin embargo, resistió impunemente la primera arremetida pero era evidente que, al cabo, el gigantosaurio acabaría por ganarnos la partida. Y volcando la nave, nuestro porvenir no podía ser muy halagüeño.

Empujé a fondo el botón de gas. Los motores bramaron, allá abajo, en las entrañas de la nave. La pantalla de visión exterior mostró un infierno de llamas que brotaban de los chorros.

El aparato osciló levemente. Noté que había ganado altura unos metros. Permaneció suspendido en el aire, empujado por los chorros, cuyas llamas, al esparcirse, abrasaron al animal, que se retiró lanzando agudísimos alaridos. De pronto me sentí aplastado por una terrible fuerza contra la litera. Miles de kilos empezaron a gravitar sobre mí.

Jadeé, luché contra el ahogo que me dominaba, traté de conservar el conocimiento, pero todo fue en vano. El brutal despegue pudo más que nosotros.

Cuando recobré el conocimiento, las estrellas brillaban, frías e impasibles, en la eterna negrura del firmamento. Sacudí la cabeza para rehacerme.

Fulvia despertó casi al instante y lo mismo les ocurrió a los otros dos. Volviendo la litera en asientos me solté las correas. Corté los gases y dejé unos momentos que la espacionave volara por inercia en órbita libre.

—¿Cómo conseguiste salvarte, señora? —pregunté.

—Fue Makafry quien me arrancó de las garras de aquellas fieras —dijo Fulvia, palideciendo al recordar las horas pasadas—. Me trajo aquí y luego, cuando yo le dije que no estaba sola, fue en busca de vosotros.

—No puedo considerar esto más que como algo milagroso, señora. Creí…

—¿Qué, Valthin? —inquirió ella, mirándome de una manera singular.

—No me atrevo a decírtelo —murmuré.

—Entonces lo haré yo por ti. ¿Sabes que me destinaban, como un altísimo honor, a ser la esposa de Kroar?

—¡Tú, la mujer de ese simio!

Ella movió afirmativamente la cabeza. En cierto modo y dada la diferencia de sexos, había sido más agradable la suerte del teniente.

—Me hubiera muerto de asco y de vergüenza si tal cosa hubiera sucedido, Valthin.

—Te creo, señora. ¿Pero cómo una bestia…?

Fulvia suspiró.

—Makafry me lo explicó todo. Kroar y los suyos son humanos-T.

—¡No, eso es imposible! —grité excitadísimo—. En mi planeta no hubo nunca seres tan horribles.

—Éstos —dijo Fulvia muy gravemente—, fueron un día como tú y tuvieron tú mismo aspecto. Bueno, ellos no, sus antepasados.

—Entonces son ciertas mis sospechas. No son prehumanos, sino posthumanos.

—Exacto. Y están sufriendo una degeneración lenta, pero que acabará por convertirlos en animales.

Le miré horrorizado y, en medio de todo, compadeciendo a aquellos desdichados. Ella siguió:

—Esos salvajes —dijo— son los restos de una expedición de

vuestro planeta-origen, que cayó por casualidad en el que acabamos de abandonar.

—Pero éste es perfectamente habitable.

—Por supuesto, pero su sol es altamente radiactivo y efectúa mutaciones en sus genes, mutaciones degenerativas, por supuesto.

Entonces fue cuando el cabello se me puso de punta al comprender…

—¡Fulvia! Te querían a ti para… para…

—Exacto, Valthin —asintió ella, sonriendo—. En su bajo instinto, adivinaban en mí a una posible renovadora de su sangre que detuviera, o cuando menos retardara, su proceso de evolutiva e inevitable degeneración.

—No hubieran conseguido nada —murmuré—. El sol radiactivo hubiera afectado igual a los cromosomas de esos hipotéticos descendientes y… Bueno, pero ya pasó todo. ¿A qué preocuparse por ello? Con tu permiso, señora…

—Antes me llamaste por mi nombre… Jan —dijo significativamente.

Enrojecí hasta la raíz del caballo, Me sentí turbado como un niño.

—Lo… lo siento… Aquello ha sido debido a la… la excitación del momento, pero te… te prometo no volverá a suceder, se… señor a…

—Por el contrario —dijo ella, moviendo graciosamente su linda cabeza—; quiero que, a partir de momento, suprimas todo tratamiento y me llames por mi nombre.

—Eso es imposible. Sería violar unas leyes milenarias que… Tú eres una mujer perteneciente a la más alta nobleza de Noroin y yo, por el contrario, soy de la raza más odiada y detestada de…

—¡Jan Valthin! Te lo ordeno, ¿entiendes?

Alcé mis brazos a lo alto, resignadamente.

—La Galaxia temblará cuando esto se sepa, Fulvia.

—Me importa muy poco, Jan —contestó ella voluntariosamente.

—Está bien —accedí—; sea como tú quieres. Y ahora, con tu permiso, iniciaré una exploración de la nave, para ver cómo andan nuestros recursos disponibles.

A cada segundo que transcurrían nos alejábamos más y más de aquel siniestro sistema, cuyo sol causaba tamaños trastornos en los

organismos humanos. Afortunadamente, se necesitaban muchos años para que la radiactividad hiciera sus efectos, y nosotros habíamos estado solo un par de días, menos aún en realidad.

Encontramos la nave bien provista de municiones de boca, debidamente enlatadas y conservadas en su armario frigorífico que, sin duda, Makafry había tenido constantemente en funcionamiento. Por ese lado, pues, no debíamos preocuparnos.

Armas no había, de ninguna clase. En caso de ser atacados, no nos quedaría otro remedio que entregarnos a discreción, pero tal extremo no parecía probable. Lo peor era el combustible.

No sabíamos dónde se encontraba nuestra nave principal y buscarla en el celeste laberinto hubiera sido empresa de romanos. Tras un breve conciliábulo, decidimos explorar otros planetas de un cercano sistema, cuyo sol no tenía las maléficas cualidades del anterior.

«Cercano» quería decir unos treinta o cuarenta mil millones de kilómetros y yo sugerí tal idea, pensando en que el combustible nos vendría justo para hallar un planeta habitable. De perdernos en la inmensidad del espacio, llegaría un momento en que se agotaran las provisiones y… ¡Brrr…!, mejor era no pensarlo.

Me acerqué al cuadro de mandos, con objeto de establecer la órbita pertinente que nos llevase al lugar requerido y entonces se me cayó algo al suelo. Digo «se me cayó», porque la nave, a fin de evitar las perturbaciones fisiológicas propias de un largo viaje con gravedad cero, tenía un cuarto de ésta. Como cayó tan lentamente, pude cogerlo antes de que tocara el suelo.

Fulvia también lo vio.

—¿Qué es eso, Jan?

—No lo sé —repuse—. Me lo dio Makafry y… ¿Qué te parece si examinamos lo que hay en su interior?

Era una cajita redonda, plana, de unos diez centímetros de diámetro, por uno de grueso, en uno de cuyos costados salía una especie de anilla, como si fuera el principio de una cinta métrica de agrimensor. Tiré de ella, con suavidad, temiendo romperle, y una cinta negra, de plástico, asomó al exterior.

Extraje unos veinte centímetros, mirando al trasluz, pues era transparente; No vi otra cosa que unos minúsculos puntitos blancos, que no querían decir nada. Me volví, claramente decepcionado,

hacia Fulvia.

—No lo entiendo —declaré—; no sé qué diablos pueda ser esto.

Ella lo examinó también con atención. Arrugó el entrecejo, pero tampoco pudo sacar nada en limpio.

—Es extraño. ¿Quién te lo dio?

—Makafry. Y cuando estaba muriéndose, atravesado por la flecha, me dijo que no lo perdiera, que me ayudaría mucho.

—¿Me sería lícito haceros una sugerencia?

Fulvia y yo nos volvimos. Olaz, el hombre rojo, estaba junto a nosotros y sonreía.

—Creo que con una lupa podríais saber qué son esos misteriosos puntitos blancos que se ven en la cinta.

—Es claro —dije excitado—. ¿Habrá alguna a bordo?

—Si no la hay, la fabricaremos —dijo resuelto Olaz.

Y animado por su ejemplo, nos dedicamos a hurgar frenéticamente por todos los rincones de la nave.

La hallamos, afortunadamente. Miramos ansiosamente, por turno, y no tardamos en saber la verdad. Especialmente yo estuve a punto de desmayarme.

—¡Dios mío! ¡No…! ¡Es demasiado, hermoso para ser verdad!

—¿Por qué no había de serlo? —me animó Fulvia—. Debemos rezar todos los días por Makafry, Jan. A él le debemos…

—Por mi parte, lo prometo fervorosamente. ¿Cómo no se me había ocurrido, sobre todo habiéndome él declarado su condición de humano-T?

—Eso es ahora lo de menos —terció Olaz—. ¿Me permitís echar un jarro de agua fría sobre vuestras ilusiones?

Los dos lo miramos incrédulos, sin comprender.

—El indicador de combustible señala lo suficiente para llegar al sistema solar más próximo Valthin. ¿Cómo te las arreglarás después para repostar? Sólo tienes el suficiente para unos cuarenta mil millones de kilómetros. ¿Y después?

—Fijaré una órbita.

Olaz meneó la cabeza.

—Eso es imposible. En primer, lugar, es un viaje larguísimo y moriríais no solamente vosotros, sino vuestros tataranietos, antes de alcanzar vuestro objetivo, Ese viaje no puede hacerse sin una nave que pueda moverse en un espacio de cuatro dimensiones a

velocidades hiperlumínicas. Además, aun suponiendo su posibilidad, inevitablemente, en un viaje tan dilatado, a la larga o a la corta acabaríais por ser atraídos por los campos gravitatorios de algún sistema planetario y estrellándose la nave contra algún planeta o bien consumida en el fuego de alguna estrella. Tal como están las cosas, esa cinta no sirve ahora absolutamente para nada.

Fulvia y yo nos miramos desconsolados. Las palabras de Olaz eran harto desagradables, pero encerraban en su seno un mundo de razón.

Abatido y desalentado, me dejé caer en un sillón, sin saber qué decir.

Casi estaba en la misma posición una semana más tarde, tan deshinchado como un globo al que se le ha clavado la punta de un alfiler, cuando de pronto un sonoro chirrido se expandió por el interior de la nave.

Witorr, de guardia en los controles, soltó un cloqueo.

—¡Astronave a la vista!

Capítulo IX



odrá argüirse que se trata de una casualidad, pero también hay que suponer que los que ocupaban nuestra nave principal no se iban a estar quietos y que, por lo tanto, nos buscarían por todos los rincones del espacio. Y nos habían hallado. Abordamos a su costado y, tras establecerse el oportuno puente estanco, pasamos a su interior. Fulvia la primera y los demás, a continuación.

Mis ojos captaron enseguida la imagen de dos hombres esperándonos al otro lado de la doble fila de guardias que formaba a ambos lados de la esclusa: Reshdin y Ratheb. El primero, con los párpados entrecerrados, mirándonos con una expresión que no me gustó en absoluto, y el segundo, con su actitud de habitual y aburrida indiferencia.

Fulvia avanzó hacia ellos con Resuelto paso. Pero yo me di cuenta, no sé si por instinto, de que algo *non sancto* flotaba en el ambiente.

Reshdin se inclinó ante ella.

—Nuestros corazones se alegran infinito de tenerte de nuevo entre nosotros, hermosa Fulvia.

—Agradezco tus cumplidos, Reshdin. Eres muy amable.

—Procuro ser justo, Fulvia —contestó el comerciante, cuya cara me gustaba menos a cada segundo que pasaba—. Habrás pasado, sin duda, terribles aventuras, ¿verdad?

—Por supuesto, Reshdin, pero estimo que éste no es el momento más oportuno para relatarlas. Estoy cansada y desearía, antes de reposar, asearme y cambiarme de ropa.

—Nada más justo, bella. Fulvia —contestó sinuosamente Reshdin.

Y, alzando sus manos, las juntó rápidamente un par de veces. Cuatro soldados avanzaron con simultáneo gesto, colocándose a ambos lados de la sorprendida joven.

¡Al fin había llegado lo que yo me temía! Aquella testada me había olido muy mal desde un principio y…

—¿Qué significa esto? —preguntó ella, riendo—. Reshdin, ¿crees que no sé ir a mi cámara?

—Por supuesto que sí, Fulvia; pero creo que tu seguridad bien merece la escolta de estos guardias.

—No te entiendo… —murmuró desconcertada.

—Yo podría aclarártelo, Fulvia —intervine de pronto, avanzando un paso.

Reshdin me miró. Sus ojos centellearon.

—¡Silencio, esclavo! ¿Quién eres tú para tomarte esas libertades?

—Se las concedí yo, Reshdin, por su conducta valerosa —dijo Fulvia.

Ratheb se cubrió la cara con las manos, horripilado.

—¡Por la gracia veste de Zithia! —se lamentó—. ¿En qué mundo estamos viviendo?

—No seas idiota, Ratheb —exclamó ella muy irritada—. De no ser por Valthin, ahora estaría yo muerta, ¿lo entiendes?

—Una dama noble que autoriza a su esclavo a llamarla por su nombre… ¡Horroroso, horroroso! El Gran Señor de Noroin se desmayará sin duda.

—El Gran cuerno dirás —exclamé irritado—. ¿A qué tantos

aspavientos, mequetrefe?

Reshdin tomó de nuevo la palabra.

—¡Basta! ¡Basta ya! Fulvia, lamento las noticias que he de comunicarte, pero debes quedar sujeta a arresto en tu cámara hasta nueva orden.

La muchacha palideció. Dio un instintivo paso atrás.

—¿Cómo dices, Reshdin? ¿He oído bien?

El gordo suspiró con falsa resignación.

—Sí, por mi desgracia. Te juro, hermosa Fulvia, que antes preferiría que me arrancaran la lengua que tener que comunicarte tan malas noticias.

—Pero tú eres un comerciante y no…

—Cuando de cumplir nuestro deber con el Gran Señor de Noroin se trata, no existen grados ni jerarquías. Ahora, Fulvia, el comandante de la nave soy yo y he de cuidar de tu seguridad, y de la de tus compañeros. Bueno —añadió con siniestro significado—; éstos me darán poco trabajo.

—Pero ¿por qué, Reshdin? ¿Qué ha ocurrido?

El bola de sebo se encogió de hombros.

—No lo sé, Fulvia. Lo único que puedo decirte es que comunicamos con Noroinia y que ésta, al recibir nuestro mensaje, ordenó que, si erais hallados, se os detuviera. Tú debes ser trasladada a la capital de la Galaxia.

Fulvia empezaba a comprender.

—¿Acusada de…?

—Conspiración en contra del Gran Señorío, a favor de los humanos-T y de la restauración de su raza.

—¡Eso es absurdo! Mi interés por los humanos-T es puramente científico, Reshdin.

—Lo lamento mucho. Tiempo tendrás de explicarte ante el Consejo Total de la Galaxia.

Fulvia se mordió los labios.

—Estoy segura de que todo eso se debe a odios y envidias de quienes, no pudiendo hacer méritos de una forma noble y digna, recurren a la calumnia y a la delación. Desharé todas las acusaciones apenas: lleguemos a Noroinia, y ¡ay de quien me acusa, si no logra probar sus afirmaciones!

—No dudo que llegues a conseguirlo, bella Fulvia. Y ahora, con

tu permiso…

—¡Un momento! —exclamó ella—. ¿Qué va a ser de nuestros compañeros?

Reshdin torció los porcinos labios.

—Están condenados a muerte y serán ejecutados dentro del plazo legal.

—¡No! —gritó la joven irreprimiblemente.

—Lo siento, Fulvia, pero son órdenes superiores y yo he de limitarme a cumplirlas.

—¡No puede ser, Reshdin! ¡Ellos son inocentes!

—Vuelvo a decirte, por centésima vez, que lo lamento. Olaz y Witorr están acusados de lo mismo que tú, es decir, de conspiración para restaurar el poderío de la raza humana-T; y en cuanto al otro, Jan Valthin, además de la citada acusación, tiene el cargo de asesinato.

—¿Asesinato? ¿Y de quién, si puede saberse? Inquirí sin poderme contener.

—De Lodess, el médico de Fulvia.

—Eso es estúpido —grité—. Lodess era amigo mío; me había curado y por si fuera poco, pertenecía a mi raza.

—Fingía pertenecer, que no es lo mismo. En realidad, era un agente secreto de nuestro Gran Señor, que estaba realizando investigaciones por cuenta de aquél.

—¡Absurdo! ¡Estúpido! ¡Lodess no podía ser lo que tú dices, porque…!

Me interrumpí de repente. Iba, sin darme cuenta, a traicionarme, y a declarar que la señal de reconocimiento que me había hecho Lodess sólo podía ser hecha por un humano-T. Apreté los labios.

—¿Por qué? —inquirió agudamente Reshdin.

Callé. El gordo enrojeció violentamente.

Se me acercó y me sacudió una bofetada de las buenas.

—¡He preguntado que por qué, miserable esclavo!

—Lo siento —dije—; ya se me ha olvidado.

Fulvia se interpuso de pronto entre ambos.

—¡Quieto, Reshdin! No lo vuelvas a tocar o…

—¿O qué? —la desafió el comerciante—. Ya no eres nada ni nadie aquí —añadió con brutal sinceridad—. Eres una prisionera, acusada del peor crimen que pueda cometerse contra la seguridad

de la Galaxia. ¡Guardias, lleváosla!

—¡Quietos! —ordenó ella, dejando clavados en el suelo a los soldados—. No es necesario que me toquen; yo sé ir sola a mi cámara.

Reshdin se inclinó una vez más.

—Muy bien, pues; hágase tu gusto, Fulvia.

Me miró de una forma singular y luego, altiva, erguida, sin volver una sola vez la cabeza, flanqueada por las dos parejas de guardias, se encaminó hacia su encierro.

—En cuanto a vosotros —dijo Reshdin cuando Fulvia hubo desaparecido—, preparaos a morir. Dentro del plazo legal se procederá a vuestra ejecución en la forma acordada por las leyes galácticas, para el cumplimiento de la pena de muerte a bordo de un navío sideral.

Me estremecí. Conocía la ley y tenía motivos para sentir un hondo escalofrío en todo mi cuerpo. La ejecución sería colocarnos en una esclusa, abriendo luego la compuerta exterior. El resultado de todo ya puede adivinarse fácilmente.

Pero no acabaron ahí mis dolores, sino que, antes de encarcelarnos, los guardias nos registraron minuciosamente de arriba abajo y se me llevaron aquel objeto que me entregara Makafry. Esto me sumió en la desesperación más negra.

Desde nuestro encierro hasta la hora de la ejecución, apenas tenían que mediar doce horas, por lo tanto, nos quedaba solamente medio día escaso de vida.

El tiempo empezó a pasar lentamente. Ni mis compañeros ni yo teníamos ganas de hablar y, por lo que a mí respecta, me tumbé en una de las literas del camarote donde nos habían encerrado, con las manos bajo la nuca, pensando en lo agradable que podía haber sido para mí la vida, de haberla vivido al lado de una mujer como Fulvia, pero era inútil hacerse ilusiones y lo único que pedía era que, al menos, me dejaran despedirme de ella.

Transcurrió un lapso de tiempo cuya duración no puedo precisar. De pronto, la puerta se abrió y un hombre fue arrojado en el interior de la cámara. El capitán Kublar, jefe de los guardias, lanzó una sonora carcajada.

Reconocí, estupefacto, a mi nuevo compañero. Era Xayer, aquel guardia que me alentara cuando fui acusado de la muerte de

Lodess. Kublar rió de nuevo.

—¡Ahí va otro maldito humano-T! ¡En vez de tres, seréis cuatro los que salgáis al espacio a refrescaros esas condenadas ideas de resucitar vuestra degenerada raza! —Y cerró de un portazo.

Me acodé en la litera, mirando a Xayer. Éste intentó disculparse.

—Lo siento, Valthin, pero no pude evitarlo y… —¡Bah! No te preocupes— traté de animarlo. —En uno u otro será y cesaremos de vivir como parias. Nosotros puede que no lo veamos, pero, como tú dijiste, hay muchos de nuestra raza esparcidos por la galaxia. Ese momento llegará y…

Me interrumpí. La puerta acababa de abrirse de nuevo.

Torcí el gesto al reconocer al petimetre. Éste forcejeó verbalmente con el guardia que estaba de centinela en la puerta, pero su discusión cesó cuando Ratheb le arrojó unos cuantos billetes. Ratheb cerró tras sí.

—Deseo hablar contigo, Jan Valthin —dijo, mirándome con fijeza.

—Yo no, Ratheb.

El tipo me miró con curiosidad.

—Eres un hombre extraño, Valthin. ¿Acaso es ésa una contestación que un esclavo debe dar a quien le pasa mil codos en dignidad y nobleza?

Me eché a reír.

—¿Tú, digno y noble? No digas memeces, Ratheb; tú solo aspecto inspira náuseas.

Como la mayoría de los nobles de Noroin, especialmente los que vivían únicamente por y para la moda, llevaba una pesada cadena de oro y piedras preciosas colgadas del cuello. Jugueteó con ella, sin hacer caso de mis insultos. Witorr y Olaz me miraban estupefactos.

—Puede tolerársete lo que acabas de decir, Jan Valthin, en gracia a las pocas horas que te quedan de vida.

—¿Has venido aquí solo para recordármelo?

—No, me contesto —¡puedes suponerte nunca es agradable visitar a un condenado a muerte!

—¿Entonces…?

—Te lo diré con claridad, si les dices a tus compañeros que se aparten un poco. Lo que hemos de hablar ha de quedar entre tú y

yo solos.

—Pues… —Me volví y vi que los otros obedecían sin más, yéndose al extremo opuesto de la camareta. En lo sucesivo, nuestro diálogo se desarrolló voz muy baja.

—Jan Valthin, he venido aquí para hacerte una propuesta.

—Te escucho, Ratheb.

—¿Te gustaría salvar tu pellejo?

—¿Y a quién no, en mis condiciones? —Reí suspicazmente.

—Puedes conseguirlo, si aceptas las mías.

—Está bien —dije—; oigámoslas.

Ratheb vaciló un segundo; después se lanzó.

—Fulvia te ama, Valthin.

—Estás loco —fue mi instantánea respuesta.

Pero el petimetre meneó la cabeza.

—No, no lo estoy. No soy ningún científico ni astronauta de fama, ni un hombre valiente y arriesgado como tú, pero sé adivinar los sentimientos de la gente. Y Fulvia está muertecita por tus pedazos.

—¡Bah! —dije, tratando de quitar importancia Hemos pasado unos cuantos peligros juntos y acaso ello le haya hecho ver un espejismo. Pero estoy seguro de que, en cuanto yo haya desaparecido…

—No es suficiente, Valthin. Fulvia es mujer que sólo ama una vez en la vida y si tú mueres, bastará el hecho para que te guarde un duelo eterno.

—Bueno, pero eso ya no lo puedo remediar.

—Estoy seguro de que sí, si tú lo quieres, Valthin.

—¿Cómo? ¿De qué modo?

Ratheb sonrió de un modo enigmático. Metió la mano en los pliegues de su túnica y sacó algo, sujeto entre el pulgar y el índice, que me enseñó muy satisfecho.

Mi corazón me palpitó violentamente al reconocer el objeto. Alargué la mano instintivamente.

—¡Es mío! —grité inconteniblemente—. ¡Dámelo! Pero Ratheb retiró la suya con presteza. Denegó. —No, Valthin. Ahora es mío.

—¿Cómo lo has conseguido? —mascullé.

Volvió a sonreír con suficiencia.

—El dinero lo puede todo, Valthin, y yo lo poseo en abundancia.

—¡Mientes, Ratheb!

Su rostro se puso del color de la púrpura.

—¡Me estás insultando, esclavo!

—Digo que mientes —continué serenamente—, porque, si fuera verdad lo que dices, Fulvia caería a tus pies. Y ya ves, tú mismo lo has dicho: ama a un vil esclavo.

Los ojos del petimetre chispearon de cólera. Pero estaba tratando de conseguir algo, muy importante para él y supo dominarse.

—Dejemos eso a un lado —murmuró con hosquedad—. Valthin, te entrego la libertad y la cinta-mapa a cambio de Fulvia.

—¿La libertad? ¿Estás seguro de lo que dices? Tu cabeza no rige, Ratheb.

—Por el contrario, está más firme que nunca, Valthin.

—Pero ¿cómo podrías hacerlo?

Eso es cuenta mía. ¿Aceptas?

—Tú mismo has dicho que Fulvia es capaz de amar sólo una vez.

Cierto; pero, si tú le das a entender que no la amas, yo, con el tiempo, podría conseguir inclinar mis sentimientos hacia mí. Y sabiéndote salvo y acaso feliz con una mujer de tu raza —las hay muy hermosas, por supuesto— ella acabaría por olvidarte, que es lo que yo estoy deseando.

Vacilé. La prepuesta era tentadora. Ratheb volvió de nuevo a la carga.

—Vamos, Jan Valthin, acepta de una vez. Es tu vida la que te ofrezco.

—¿Y qué garantías me das? —inquirí con desconfianza.

Alargó su mano y depositó en las mías el carrete.

—Ésa —dijo— es la prueba más concluyente. ¿Qué te parece?

Pero todavía tenía yo más preguntas que hacerle.

—Olvidas que Reshdin es ahora el dueño y señor de la nave —objeté—. ¿Cómo piensas deshacerte de él?

Sonrió, en tanto jugueteaba de nuevo con su collar. De pronto tocó un resorte en uno de sus eslabones, al mismo tiempo que lo mantenía horizontalmente, y el eslabón se abrió por la mitad. Vi en el fondo del pequeño cuenco un polvillo rojizo de siniestro tono.

—Esto —murmuró—, es capaz de matar a media tripulación. Yo cómo en la misma mesa que Reshdin, ¿entiendes?

Continué con mis vacilaciones. Aquello me repugnaba por un lado, pero por otro se trataba de mi propio pellejo, ¡qué diablos! Sin embargo, el hecho de verme condenado a no ver jamás a Fulvia era otro argumento en contra.

—Una vez muerto Reshdin, yo tomaré el mando de la nave, ¿comprendes?

—¿Y el capitán Kublar?

—Le convenceré con dinero, Valthin. Por ese lado no hay que temer.

—Bien, pero…

En realidad, no sabía qué hacer. Mucho amaba a mi vida, pero acaso más a Fulvia, a pesar de no habérselo declarado. Si accedía a lo que me pedía Ratheb, no volvería a verla jamás; y si me negaba, ocurriría lo mismo, con la agravante de perder, añadidura, el pellejo. Esto me rindió.

Suspiré, cerrando los ojos.

—De acuerdo, Ratheb. ¡Quédate con Fulvia!

CAPÍTULO X



urante años, la nave voló, perdida por el espacio.

Había sido averiado uno de sus más importantes instrumentos de navegación y a bordo no había posibilidad de repararlo.

La nave era del tipo corriente y llevaba a bordo una familia de colonizadores. Éstos apenas si tenían las nociones más elementales de astronáutica y habiéndoles fallado aquel instrumento, se vieron obligados a vagar sin rumbo, en un espacio en el que los sistemas planetarios se hallaban a distancias inconmensurables unos de otros.

Al fin hallaron un planeta que supusieron habitable, pero ninguno de los astronautas era gran cosa como piloto y el aterrizaje resultó tan calamitoso, que todos murieron en el choque.

Al estrellarse la nave contra el suelo, sus escotillas se abrieron por el golpe. Dentro de ella, y como elemento esencial para la colonización, sus ocupantes habían transportado numerosas parejas

de animales domésticos. Muchos de éstos murieron.

Pero otros consiguieron, sobrevivir y salieron fuera del destrozado aparato.

Hallaron que la tierra era buena y producía lo necesario para su subsistencia.

Y habiendo hallado vida en aquel planeta, se reprodujeron.

Y desde entonces pasaron varios siglos. Aquel planeta, que hasta entonces había estado muerto, conoció de nuevo la VIDA.

* * *

No, no era cierto que yo hubiera renunciado a Fulvia. Había, únicamente, tratado de conquistar mi vida.

Sí Ratheb no me había mentido, yo podía vivir, y viviendo, era la única forma, todo lo remota que se quiera, de volver de nuevo a Fulvia, pues que ahora sabía de modo indudable que ella me amaba. Pero, muerto, no habría podido hacer nada.

Las horas pasaron y a cada momento que se acercaba, la de nuestra, ejecución estaba más próxima. Y al fin llegó.

La puerta se abrió, dejándonos ver en ella un pelotón de soldados. Empecé a temer que las palabras de Ratheb no hubieran sido otra cosa que un engaño.

Sin pronunciar palabra, nos hicieron salir de la cámara, colocándonos entre la doble fila de guardias, a cuyo frente iba el capitán Kublar. Empezamos a caminar hacia la muerte.

Pensé desesperadamente en hacer alguna intentona suicida, pero me convencí de que todo habría sido perfectamente inútil. Los guardias tenían sus armas apercibidas, y no se habrían dejado sorprender. No me quedó otro remedio, pues, que caminan resignadamente hacia la esclusa de donde seríamos lanzados al espacio.

Llegamos, al fin, a ella. Un guardia oprimió un botón y al instante la estructura molecular de las puertas se modificó, convirtiéndose de opaca en transparente. Las estrellas nos miraron burlonas.

Witorr fue el primero en pasar a la esclusa. Lo hizo con dignidad. Agitó sus tentáculos y cloqueó una sincera despedida.

—¡Hasta dentro de poco, amigos!

La compuerta exterior se abrió y el aire que había entre las dos salió al espacio, llevándose en un santiamén al horfosiano. Cerré los ojos un instante y, al abrirlos, Witorr había desaparecido. Pensé que sus padecimientos habrían sido muy breves.

Olaz le siguió. El hombre rojo, sudando, pasó al otro lado de la compuerta interior. Tenía miedo, pero hizo cuanto pudo por dominarlo. Aun nos sonreía cuando se abrió el mamparo exterior.

Tragué saliva. Ya sólo quedábamos dos: Xayer y yo. Nos estrechamos las manos fuertemente. Ni siquiera se me ocurrió pensar en que Ratheb me había traicionado.

Lo único que se me ocurrió fue que la cinta-guía iba a salir conmigo al espacio. Pensé por un instante en dejársela a Fulvia, pero luego rectifiqué. Tal como estaban las cosas y aun suponiendo que saliera bien librada de la difícil situación en que se hallaba, lo menos que podía pasarle era que la retiraran el permiso para futuras exploraciones. Así, pues, me encogí de hombros y me dispuse a pasar al interior de la esclusa, abierta ya la compuerta de acceso.

Pero entonces alguien gritó:

—¡Alto, alto!

Todos nos volvimos instintivamente. Un guardia venía corriendo hacia nosotros.

—Reshdin ha ordenado que los dos humanos-T sean llevados a su presencia.

Kublar soltó una atroz palabrota. Luego refunfuño algo, y no bueno precisamente, acerca de los tipos que se creían semidiosas así que tenían el mando de una astronave.

—¡Vamos, esbirro, obedece! —le increpé, extrañamente satisfecho.

Empezaba a ver que Ratheb era hombre de palabra.

Kublar levantó una mano para golpearme, pero debió ver algo en mis ojos que le contuvo. Volvió a renegar suciamente:

—Andando, perros. Nada me alegraría más que poder daros la muerte que yo eligiera. Si estuviera en lugar de ese saco de grasa… —se lamentó.

No tardarnos mucho en llegar al comedor de los nobles. Había dos guardias armados, uno a cada lado de la puerta. Empecé a sospechar algo nada bueno.

Lo vi todo apenas se abrió la puerta y nos hicieron pasar al interior a Xayer y a mí. Kublar entró también con nosotros.

La primera imagen que captaron mis ojos fue la de Fulvia, con las manos apoyadas en la pared y los ojos desorbitados por el terror. Miraba algo siniestro.

Y muy poco agradable, la verdad sea dicha. El rostro de Ratheb, tendido de espaldas en el suelo, estaba deformado por los dolores de una atroz agonía. A su lado, volcada, había una copa. Lo que había sucedido se comprendía fácilmente.

Fulvia reaccionó al verme.

—¡Jan, Jan! —gritó y quiso venir hacia mí.

Pero Reshdin, más rápido que ella, la cortó el paso. Sin contemplaciones de ninguna clase, la derribó al suelo de una bofetada.

—¡Quieta, perra! —la increpó soezmente.

Aquello me sublevó. Me olvidé de todo; me olvidé de que era un esclavo, un paria, un hombre condenado a muerte. Lancé un rugido de cólera y me arrojé sobre el gordo.

Pero éste era un tipo listo. Me plantó una desintegrante en la barriga y sonrió con sus porcinos ojillos.

—¡Quieto, basura! —me dijo—. Quieto o te convierto en una bola de humo.

—Has pegado a Fulvia —le respondí, sin amilanarme—. Le has pegado, y juro que te freiré en tu propia e inmunda grasa.

Aquello le hizo hervir la sangre. Sin poderse contener, me golpeó con el cañón del arma en un lado de la cabeza. Las rodillas se me doblaron súbitamente.

—Calla, esclavo. Hablarás sólo cuando se te pregunte, o de lo contrario te desollaré a latigazos.

Me incorporé penosamente. Arrojé una mirada a la chica, la cual me sonrió a través de sus lágrimas.

—Jan —murmuró—, nunca te lo he dicho, quiero que ahora lo sepas: te amo.

—Y yo a ti, Fulvia —contesté con sincero apasionamiento.

Reshdin se echó a reír.

—Eso está bueno —graznó—. La noble dama, de elevada alcurnia, enamorándose del más bajo de sus esclavos, de un humano-T. Fulvia, lo siento por ti, pero éste es un crimen más que

añadir a la larga lista de los ya cometidos por ti.

Ella sonrió desdeñosamente.

—¿Llamas crimen amar a un humano-T, Reshdin? ¿Y de quién podría enamorarme sino de un hombre de mi propia raza?

El gordo y Kublar se sobresaltaron enormemente. Lanzaron una rotunda exclamación a dúo:

—¿Tú… una humana-T? —balbuceó Reshdin.

Fulvia se puso en pie, majestuosamente bella.

—Sí, yo también soy una humana-T, Reshdin. Te extraña, ¿verdad?

—No es posible… —murmuró el gordo. Se pasó la mano por la frente, como si estuviera padeciendo un mal sueño—. Una mujer de la más rancia nobleza de la Galaxia… perteneciente a la raza más odiada…

—Te extrañaría saber, Reshdin, que hay muchos más humanos-T por ahí que los que tú te piensas. Ocupan muchos y muy buenos puestos; sólo esperan el momento oportuno para poder vivir libremente, con la cara bien alta, sin temor a ser perseguidos ni encarcelados.

—¡Basta, basta ya! —gritó Reshdin, loco de cólera—. Es igual; todo cuanto me has dicho es indiferente. Me importa muy poco que haya uno o un millón de humanos-T. Y a ti también, Fulvia; como a ese estúpido de Jan Valthin… porque vais a morir.

—¡Tú no puedes hacer eso, Reshdin! —gritó la joven.

El gordo dejó asomar a sus labios una repelente sonrisa.

—A bordo de esta nave, soy yo el amo y señor, y todas las órdenes que doy se cumplen sin excepción. ¡Kublar!

—Sí, Reshdin.

—Arroja a estos tres humanos-T por la esclusa… ¡Aguarda; un momento!

Me miró con perversidad. Alargó su mano.

—Dame eso, Valthin.

—¿A qué te refieres?

—¡Vamos! —Gruñó—. Demasiado lo sabes; no te hagas el remolón.

—Te repito.

—¡Idiota! —bramó—. ¿Crees que Reshdin es tonto? Mira a ese estúpido petimetre de Ratheb. ¿Lo ves? Se creyó más listo que yo

y… Bueno, Valthin; no me obligues a emplear procedimientos más enérgicos.

—¿Te lo contó Ratheb?

Una enorme risotada sacudió aquel esférico corpachón.

—Lo vomitó de carrerilla, ¡el muy imbécil! Vamos, Jan Valthin. Lo quieras o no, esa cinta-guia pasará a mi poder y la destruiré en persona para que ningún humano-T pueda hallar jamás el camino de su planeta-origen.

Miré a Fulvia:

—Lo siento, querida; no me queda otro remedio.

Sin que nadie se lo impidiera, se me acercó, cogiéndome una mano.

—Moriré feliz a tu lado, Jan —dijo sencillamente.

—¡Qué cuadro tan enternecedor! —rió el gordo y alargó la mano para tomar la cajita que yo, resignado, le entregaba.

En aquel momento se oyó un enorme griterío. Kublar y Reshdin se volvieron hacia la puerta. Ésta se abrió con violencia.

—¡Capitán Kublar! —aulló un guardia—. ¡Motín a bordo! Los humanos-T…

El tipo no pudo continuar hablando, porque un disparo desintegrante lo redujo a polvo. Kublar lanzó una maldición. Y yo un grito.

—¡A ellos, Xayer! ¡Fulvia, échate a un lado!

Reshdin se había distraído momentáneamente con el incidente. Le aticé un fenomenal derechazo en la mandíbula que lo arrancó literalmente del suelo. Chocó contra el mamparo opuesto y la desintegrante se le escapó de sus manos.

Me abalancé a cogerla, pero en aquel momento vi las estrellas. Reshdin, rehaciéndose, me había soltado un atroz puntapié que, de alcanzarme de lleno en la mandíbula, allí acababa conmigo. No obstante, fue suficientemente fuerte para atontarme. Perdí la pistola.

Reshdin lanzó un rugido de alegría. Se inclinó, pero entonces Fulvia le empujó con ambas manos, asiéndole perder momentáneamente el equilibrio. Cuando lo recobró, el arma estaba en manos de la chica.

La redonda faz de Reshdin tomó un lívido tinte al verse encañonado por el arma. Lanzó un balido de súplica.

—¡No… no…!

Pero ya era tarde. Fulvia acababa de apretar el gatillo.

Un repelente hedor nos golpeó la pituitaria. Pero no me entretuve mucho; Xayer estaba allí y necesitaba ayuda a toda costa.

Estaba enzarzado en una mortal pelea con Kublar. Pero yo la corté, tomando la pistola de manos de Fulvia. Busqué el momento oportuno, y entonces golpeé el cráneo del capitán. Kublar cayó como un buey apuntillado.

Me asomé fuera. La lucha en los distintos puentes y cubiertas de la enorme nave, era encarnizada, sin cuartel. Los humanos-T, sin distinción de sexos, peleaban con ventaja, porque lo hacían por algo más que por su propia vida: por su supervivencia como seres libres. Y los demás seres de la Galaxia que integraban la tripulación, con aspecto humano o no, retrocedían lentamente ante la marea ascendente, que cada vez ganaba más terreno. Era evidente que Xayer había hecho una buena labor. Él había sido —más tarde me lo confesaría— quien eliminó a Lodess, para deshacerse de un peligroso espía, dejando luego la nota para despistar.

Cuando los noroinios vieron que llevaban las de perder alzaron las manos, rindiéndose. Entonces yo, tomando el mando de la nave, pedí un micrófono.

Los altoparlantes llevaron mi propuesta a los últimos rincones de la nave.

—Escuchadme todos con atención-comencé. —Ha llegado la hora del resurgir a la luz para los humanos-T. Tengo en mis manos la cinta-guía que nos marcará el rumbo hasta nuestro planeta-origen. Aquellos que no pertenezcan a nuestra raza y quieran venirse con nosotros, pueden hacerlo en la completa seguridad de que serán tratados como seres de nuestra propia raza, sin discriminación alguna.

Un alarido general de alegría cortó mis palabras. Cuando el estruendo se disipó, continué hablando y les dije:

—Encuentro perfectamente lógico que otros muchos no quieran correr nuestra misma suerte. Éstos serán desembarcados en un planeta situado cerca de las espaciolíneas más frecuentadas, con el fin de que un día puedan regresar a Noroin. Mientras tanto y por razones obvias, se les tendrá bajo vigilancia, garantizándoles la total ausencia de malos tratos. Xayer será mi segundo en el mando y el

encargado de hacer cumplir mis órdenes. Admitiré todas las sugerencias que se me quieran hacer, siempre que estén encaminadas al bien común, por supuesto. ¿Alguna pregunta?

No, no había preguntas que hacer, sino una respuesta que dar: un grito colectivo de júbilo y alegría inmensos.

En la cámara de control, días más tarde, coloqué la cinta-guía que, automáticamente, nos llevaría al mundo de donde había salido nuestra raza. Fulvia estaba a mi lado y cuando tuve la seguridad de que seguíamos, por fin, el rumbo tan anhelado, me volví hacia ella.

No opuso resistencia cuando mis brazos rodearon su esbeltísimo talle. Sus ojos brillaron con la maravillosa luz del amor.

—Ya estamos en camino, queridísima.

—Sí; por fin regresáis a vuestro planeta, Jan.

Una súbita sospecha invadió mi mente.

—¿Por qué dices «vuestro»? Tú perteneces, a mi raza, Fulvia. Yo lo creí siempre, aun antes, de que se lo declarases a Reshdin.

Sonriendo encantadoramente; denegó con la cabeza.

—¡Pero, Fulvia! Yo siempre te creí una humana Terrestre. En más de una ocasión exclamaste «¡Dios mío!», y eso no lo hemos dicho nunca más que los de mi raza.

—Tuve, cuando era muy pequeña una nodriza que era humana-T, Jan; Ella me lo enseño.

—Entonces, no comprendo por qué Reshdin le dijiste que eras…

—¡Tonto! ¿Es que no lo supiste ver? Si no le hubiera mentido, corría el riesgo de salvarme. Y yo quería morir contigo, ¿sabes? ¿Para qué quiero la vida sin tenerte a mi lado?

Aquello era superior a mis fuerzas. No podía hacer más que una cosa: inclinarme sobre ella y besarla apasionadamente.

EPÍLOGO

Nuestro planeta-origen surgió al fin de las profundidades del espacio. Allí estaba, eterno, inmutable, girando bajo la blanca luz del Sol que le daba vida y calor.

De su superficie sólida ya había desaparecido todo signo de radiactividad. Ahora era ya perfectamente habitable. Y nosotros lo íbamos a habitar y repoblar.

Tomamos tierra no lejos de un tranquilo océano, cuyas olas morían lentamente en una amarilla playa. Un poco más allá, un frondoso bosque ofrecía la protección de su perenne verdor. Bajo sus árboles, pastaban rebaños enteros de pacíficos animales domésticos. Un murmurante arroyuelo daba una grata sensación de frescor a la escena.

De pronto, Fulvia lanzó un grito:

—¡Mira, Jan, mira! ¡Allí!

Seguí la dirección de su índice y lancé también otra exclamación.

Erguido sobre la cúspide de una pequeña colina, cerca del mar, se alzaba un monumento que había desafiado impunemente el paso devastador de millares de años.

Brillaba, esplendente, como el día en que fue colocado en aquel lugar.

Todos los humanos-T, que habíamos llegado a nuestro planeta-origen, hombres y mujeres, caímos instintivamente, sin podernos reprimir, de rodillas. Hubo una pausa de hondo y emocionante silencio.

—Jan-dijo ella, tomándome las manos.

—¿Qué, Fulvia?

—Mira, está ahí. Estaba aguardándonos desde que fue construida.

—Sí, nos esperó durante miles de años, y al fin llegamos.

—Viviremos bajo su sombra, Jan. Aquí nacerán nuestros hijos y aquí seremos enterrados, a sus pies, cuando el Señor haya dispuesto de nuestras vidas.

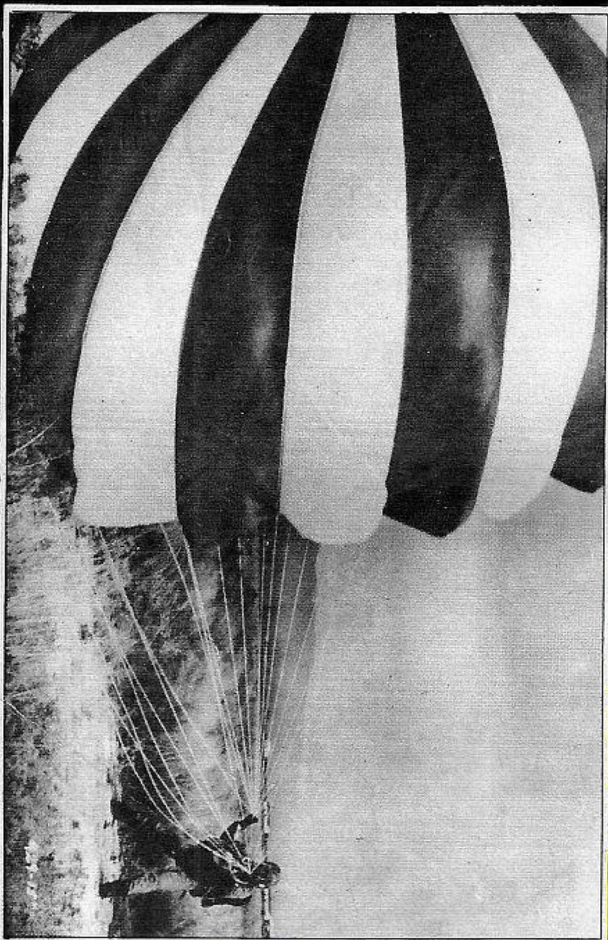
—Así sea, amor mío —murmuré, apretando con fuerza su mano.

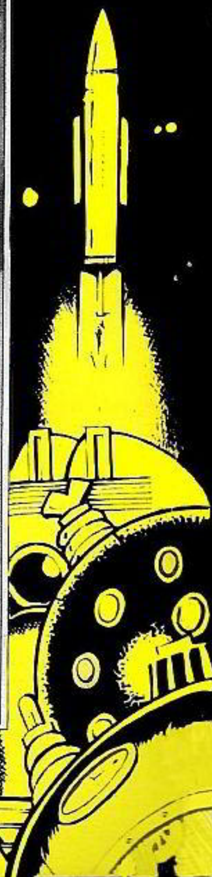
El sol salió casi de repente, expandiendo sus incendiados rayos por toda la faz del orbe. Su calor nos acarició el rastro, como dándonos la bienvenida.

El tono rojo del astro rey varió a un glorioso dorado. Y sus rayos formaron un luminoso nimbo en torno a la Cruz que había en la cima de la colina.

El planeta perdido había sido encontrado.







Escena de la película ON THE THRESHOLD OF SPACE, de 20th. Century Fox

Precio en España: **6.- ptas.** En Argentina: **4** pesos



LUIS
GARCÍA
LECHA.
Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.